

Año XXX.

Madrid, Jueves 3 de Noviembre de 1910.

Núm. 43



**¡Ay de mí, lo que me espera  
cuando Doña Parca Fiera  
se ponga á mi cabecera!**

JOSÉ NAKENS.



## Ciencia y Religión

POR  
MALBERT

Hemos puesto á la venta la 2.<sup>a</sup> edición de esta célebre obra.

Lleva 85 grabados y se vende á "peseta".

### Hojita piadosa

En toda esta semana se pondrá en circulación la 12 de la serie, titulada "¿Por qué no he de ser monja?", y á la que nos referimos en la página 3.<sup>a</sup> del presente número.

## ¡LO QUE ME ESPERA!

Cuando pienso en la horripilante escena dibujada en la primera plana de este número, repito con Job:

"Perezca el día en que yo nací.

Y la noche que se dijo: Varón es concebido."

"Por cuanto no cerró las puertas del vientre donde yo estaba.

"Por qué no morí yo desde la matriz, O fui traspasado en saliendo del vientre?

Porque ahora yaciera yo y reposara."

Y como la tremenda visión de la primera plana me acomete á menudo, continuamente estoy repitiendo esos apóstrofes de Job.

¡Horrible situación la mía! ¡Saber desde ahora que he de condenarme, y no poder aorrigar siquiera la esperanza de que mis ojos, que la impiedad cegara, vislumbren embelesados un día la luz de la verdad divina, ó que mi corazón, endurecido por la blasfemia, se deshaga en lágrimas de arrepentimiento en aquella hora terrible que se divorcia el alma del cuerpo!...

Y saber esto, es ¡ay de mí!, sufrir por anticipado los martirios infernales.

Porque ¡oh! sí; yo tengo la seguridad absoluta de que hasta en el momento aquél he de conservar esta fuerza de voluntad maldita, que me permite afirmar desde hoy que no he de convertirme, así se junten ante mí lecho veinte escudrones de ángeles de la Guarda en súplica de que les conceda permiso para ahuyentar á cintarazos los demonios que me rodean, y así me cerquen cincuenta orfeones de arcángeles, serafines y querubines, cantandome las excelencias y delicias de la Jerusalén celestial.

Y conste que no digo esto por hacer alarde de valor estúpido; no. Pensar solamente en esa escena me horroriza; ¿qué no será cuando la vea realizada?

Verme tendido en el lecho, debilitado el pulso, apagados los nervios, con los músculos flácidos, el corazón desacompañado, el aliento fatigoso, la vista turbia, la voz balbuciente, pero conservando, no obstante, la necesaria lucidez en el cerebro para hacerme cargo de todo aquel infernal espectáculo...

¡Oh!... ¡Es horrible!... ¡Es horrible!...

Un demonio agarrado á un barrote de mi cama, en acecho de mi último suspiro, para arrojarse como una fiera sobre mí, y despedazarme en el momento mismo que lo exhale...

Otros dos estrujándome los brazos y pareciendo decirme con sus siniestras miradas: "¿Cuándo acabarás, maldito?"

Otro con el tridente en las manos dispuesto á clavármelo furioso...

Este á la derecha preparando un baño de plomo derretido para zambullirme inmediatamente en él, por parecerle demasiado aplazamiento los cinco ó seis minutos que tarde en llegar al infierno...

Á la izquierda otros, más impacientes todavía, rociándome con gotas de pez hirviendo, antes que mi alma y mi cuerpo se hayan dado el último adiós ó lanzado el postrer insulto...

Y todo esto visto á través de luces rojas, verdes y amarillas que difunden antorchas invisibles, respirando azufre, sudoroso, temblando, aterrado, sin alientos ya ni para invocar á Dios, ni para maldecirle al menos...

¡Es horrible!... ¡Es horrible!.....

¡Oh, vosotros, los que tenéis la soberana dicha de creer todo lo que cree y enseña la Iglesia:

Que Dios hizo la tierra y le dió por techumbre millares de mundos, cada uno mayor que ella.

Que es justo, y castiga en los hijos las faltas de los padres.

Que es poderoso, y no ha conseguido que el mundo mejore, á pesar de haber mandado aquí su hijo con ese objeto.

Que es misericordioso, y no perdona.

Que es piadoso, y manda pasar á cuchillo los habitantes de ciudades enteras, sin atender á edad, sexo, clase ni condición.

Y descendiendo en concepto y estilo para ponerme un momento al unísono con quienes miden á Dios por el rasero de su propia pequeñez:

Que es omnipotente, y necesita que lo defiendan los beatos.

Que es tolerante, y se sulfura al ver á un católico comerse una chuleta en día de vigilia.

Que tiene en poco la riqueza, y abre las puertas del cielo al que deja al morir una cantidad decente para misas.

Que es inmutable, y se deja ablandar con ruegos y oraciones.

Que perdona las ofensas, y aún no ha indultado á Luzbel...

¡Oh, vosotros, repito, los que creéis todo eso, y por creerlo tenéis asegurada la bienaventuranza eterna!

Compadeced á este desventurado que no logró nunca refrescar sus fauces en

las aguas puras de la fe, y que, abrigando la convicción firmísima de que al morir comenzará á sufrir el eterno dolor sin lenitivo, no se decide á caer de rodillas, elevar los ojos al cielo, cruzar las manos, y exclamar con voz salida del fondo de sus desgarradas entrañas:

"¡Señor, Señor! ¡Perdóname, pues vuelvo á Ti!

"Tú, en quien hallan gracia todos los infames en sus múltiples variedades y categorías; lo mismo el que escarnece á su padre, que el que abandona á su hijo; el que vende á su hermano, que el que lo despoja; el que roba á la viuda, que el que quita el pan al huérfano; el que asesina con el puñal, que el que mata con la calumnia; el que trafica con la sangre de tu Hijo, que el que pone á réditos tu justicia; todos, en fin, los que viven y medran á costa de la desgracia y la ignorancia.

"Y que hallan gracia en Ti, y los llevas á tu reino, y los colocas á tu diestra, sólo con que á la hora de la muerte, cuando no pueden ya cometer ni un crimen más, digan á un sacerdote que se arrepienten de cuanto mal han hecho, sin obligarse siquiera á reparar aquella parte que todavía fuese remediabile.

"¿Vas á negarme á mí, Señor Justo y Misericordioso, el perdón que á tus plantas imploro, contrito y arrepentido, únicamente por haber dedicado mi vida á la realización de un imposible: moralizar á los que engañan, explotan y degradan á la Humanidad tomando en boca tu santo nombre?"

Con decir esto á la hora de morir, mi salvación era segura. Sin embargo, me resisto á hacerlo. ¿Por qué? Lo ignoro. El corazón humano es un abismo. Quizás sea por el vano orgullo de no contentarme... Acaso porque no se crea que el miedo me inspira la retractación...

Mas sea por lo que fuere, moriré inconfeso, y Satanás será conmigo.

¡Llorad por mí, hijas de Sión!.....

Pero ¡ay! ¿Qué es lo que siento?... Jamás experimenté emoción tan extraña.

¡En mi cerebro se confunden las ideas!... ¡Mi corazón acelera sus compases!... ¡Mis sienes estallan!... ¡Mi pulso tiembla!... ¿Si se acercará mi última hora y serán estos los síntomas precursores del inacabable castigo que me aguarda?...

¡Acorredme, cielos piadosos!...

¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Piedad!... ¡Misericordia!.....

¿Qué es lo que veo? ¿De dónde viene esta luz suave que me inunda?... ¿Si será la que vió Saulo en el camino de Damasco? ¿Si me transformaré á estas alturas en un segundo San Pablo?... ¡Chist!... ¡Silencio!... A ver si resuena esta voz del cielo que él oyó temblando y temeroso:

"Yo soy Jesús á quien tú persigues; dura cosa es dar coces contra el aguijón."

De mal gusto es la frase, aun puesta en boca de un Dios, pero... ¡que yo la



oiga, que yo la oiga!... Ella tal vez me decidiría á convertirme.....

¡Nada!... ¡La voz no resuena!... ¡Estoy perdido!... ¡Condenado por toda la eternidad!...

¡Horror!... ¡Horror!.....

Y bien mirado, ¿por qué no arrepentirme, aunque no oiga la voz? ¿O voy á andar con exigencias ni etiquetas tratándose de mi salvación eterna?.....

No vacilo más... Me arrepiento.

Queda, por lo tanto, retirada la afirmación insensata de que no lo haría....

Denostadme, escupid sobre mi tumba, vosotros á quienes pervertí con mis ponzoñosos escritos... Todos los malos se arrepienten al morir, y yo soy malo; perverso, mejor dicho. Preguntadlo en las sacristías y los conventos. Y siéndolo, no tengo derecho á ser una excepción.

Espantaré, pues, los demonios que se me acerquen al expirar, haciendo la señal de la cruz y llamando á un sacerdote.....

¿Y si no puede venir, por estar de parto una monja de las que confiesa; y por no venir, no puedo confesarme; y por no confesarme, me condeno? ¿Qué hacer en tal caso?.....

¡Ah! Me salvé. Acudir á los jesuitas que viven frente á mi casa: en el número 25.

¿Y si no puede venir ninguno, por haberse dedicado todos á fabricar bombas como sus hermanos de Portugal, y estar en aquel momento crítico con las manos en la dinamita?

Entonces, entonces...

Que los diablos carguen conmigo. Y sea lo que Dios quiera.

JOSÉ NAKENS

Disen que me has de llevar á vivir á una montaña; si no suben allí curas ni de muy buena gana.

“¿Por qué no he de ser monja?”

Es trabajo muy difícil condensar en sólo cuatro páginas las consideraciones y argumentos que más y mejor puedan hacer sentir á las muchachas fraileantes y monjeantes los peligros del convento y la desgracia que dentro de sus cavernas les espera, infundiéndoles en lo posible el valor necesario para huir del peligro las que ya estén prendidas de la pegajosa liga mística y de la baba del fraile.

Esto se ha procurado hacer en esta *Hojita*, que debe hacerse llegar á manos de las jóvenes devotas.

El efecto que producirá, ya nos

contarán con chillidos rabiosos los jesuitas de todas layas y las excomuniones episcopales que deseamos merecer, sabiendo que cada excomunión de obispo es un certificado de cultura y de hombría de bien.

¡Redíos! Y cómo se enfurecerán los directores y las reclutadoras comisionistas, cuando una beatita de esas que están catequizando les vaya con el cuento:

—He recibido y leído esta *Hojita*

Se enfurecerán como tigre que siente que le arrebatan de sus dientes la presa. ¡Y qué de rugidos! ¡Y qué de protestas! ¡Y qué de insultos!... Será una bendición de Dios.

Cada ataque que nos den en púlpitos, periódicos, tribunales y boletines, será un *reclamo* que despertará el apetito de los fieles.

Y las jóvenes lectoras, al leer la sincera *Hojita*, *Confesión de Sor Margarita*, quedarán alumbradas con rayos de verdad que no olvidarán en su vida. Aunque vayan al convento, aunque rasguen la *Hojita*, ésta quedará metida en su linda cabecita y le irá murmurando al oído: «Acuérdate...»

Irán al confesonario, y así que el confesor les pregunte, como siempre, por lo del sexto, las chiquillas se dirán:

—¡Tiene razón la *Hojita*!

Si entran en el convento, antes de dos años verán que la *Hojita* no miente, y á los cinco ó seis años se sentirán llenas de la verdad de la *Hojita* y... allá ellas con la píldora.

Esta *Hojita* ha de ser el espanto de los frailes y clérigos catequizadores.

¡Qué de barullos y qué de líos va á armar!

..

Muy bien, pero muy rebién. Los clericales se ven acosados dentro de su coto, cosa que no tenían experimentada. Intentaban hacer de las hojas volantes un monopolio; se lo hemos estropeado; ahora son ellos los llamados á convertirse á Dios y á dejar las máscaras de piedad tunante... ¡Y claro! al verse desnudos y sin la hoja de parra, chillan, botan, rebotan, gritan y se enfurecen.

Nada, amiguitos clericales; que eso se acabó.

Cada *Hojita* es una bala mauser..., y aun parece ser una bala dun-dun, que despierta la rabia que tenéis encerrada en el cuerpo.

Si encuentro en la caye á un fraile  
er sentío se me quita,  
y me arrimo á las paeres  
hasta perderle de vista.

## La ceguera nacional

¡Por algo se representa á la fe con los ojos vendados! Los estadistas españoles han padecido una ceguera durante tres siglos, y aún continúan sin abrir los ojos á la realidad y á la razón.

Asombra y espanta, hasta qué punto la devoción jesuítica, que constituye nuestro ambiente nacional, destruye el espíritu de conservación de los pueblos. Desde hace muchos años, no pasa día en que la Prensa no registre un escándalo clerical. Crímenes en que mancharon sus manos de sangre sacerdotes que horas antes levantaban la sagrada forma ante los fieles contritos; niños y niñas violadas en colegios religiosos por frailes atacados de bestial satirias; monjas que huyen de los conventos arrojándose por las ventanas; educandas religiosas que declaran haber sufrido horrendos martirios y que muestran sus cuerpos acardenalados por los golpes de los cilicios; establecimientos religiosos de beneficencia en que se explota inhumanamente á huérfanos y mendigos, cuando no se hace trabajar como bestias á infelices alienados; maestros tonsurados que ponen en práctica el bárbaro precepto pedagógico «la letra con sangre entra», y muelen las posaderas y las costillas á criaturas menores de seis años: de toda esta lacería criminal y vergonzosa, podría recogerse de la Prensa material bastante para formar una copiosa biblioteca. ¡Y eso sin contar con lo que EL MOTIN llama flores místicas, historias picarescas de la clerecía, demostrativas de la incompatibilidad de los dogmas con las leyes de la naturaleza!

Sin embargo, ni la sociedad se conmueve, ni las autoridades toman medidas para prevenir el mal, ni los Gobiernos piensan en serio en soluciones radicales que atajen esa ola de inmoralidad, de crímenes y horrores, que convierten á los pueblos en leproserías, en cuerpos flacos pasto de parásitos, en colectividades agonizantes, sin voluntad ni fuerza para su regeneración.

De ayer son los escándalos de las Oblatas de Ciempozuelos, y de los frailes de San Juan de Dios del mismo pueblo; de hoy la violación de una niña en un convento de monjas de Barcelona y la fuga de una monja de un convento de Ciudad Rodrigo, que para librarse de su prisión no ha dudado en arrojar-se por una ventana á cinco metros de altura.

¿Qué pasa en esas santas mansiones en que tantas monjas enloquecen?

Jamás las autoridades civiles han encontrado motivo para procesar á ninguna monja. Se conforman siempre con la versión de las autoridades eclesiásticas, que atribuyen constantemente á ataques de locura lo que indudablemente son ataques de desesperación y de dolor.

Aparece un día degollado un jesuita en la residencia de Chamartín, tiene la cabeza casi separada del tronco, surgen dudas de si será un suicidio ó un crimen... los periodistas no pueden informarse, el forense certifica lo que quieren los padres jesuitas y después el silencio. Otro fraile en Tarragona hiere de un tiro de pistola á su prior... el mismo silencio. ¡Se le disparó el arma examinando su mecanismo!

Todas las monjas que han huido de los conventos, como aquella que en Madrid al arrojar-se á la calle se rompió las piernas, ¡todas están locas!

En todos los crímenes clericales, sombras, lenidad, misterio, y sobre todo, de cien casos, en noventa y ocho nunca aparece el culpable.



¿Cuántos y cuántos no han sido los obispos que administraron mal cuantiosas fortunas de mandas piadosas? ¿Qué de ruido, qué de protesta, qué de artículos en la Prensa avanzada! Y siempre, siempre, el mismo resultado. El sacerdote, el fraile, la monja, no pueden delinquir. He aquí el criterio de las autoridades altas y bajas. La impunidad del clérigo es cosa fundamental en el régimen monárquico. Desprestigiar el altar es socavar el trono, y por eso todo religioso delincuente es amparado por el poder público. Desde el ministro al alguacil de un juzgado municipal, todos temen la omnimoda influencia de las poderosas Ordenes Monásticas, de la Iglesia, con sus obispos, cardenales, nuncio y Papa. El Gobierno deja escapar al cura ó al fraile violador para evitarse conflictos, para que las masas no se enardecen, para que la fuerza pública no tenga que guardar conventos é iglesias, como si las poblaciones estuviesen en estado de sitio.

Si el violador de esa niña de Barcelona hubiese sido un laico, á estas horas ya correrían en su busca los más finos policías, y se hallarían presos, por presunta complicidad, los parientes y allegados del criminal; pero los autores de ese horrendo atentado han sido un cura y unas monjas, y todo es lenidad, pies de plomo, silencio, dificultades, y por último, montañas de tierra que tapen la inmundada llaga social que ese crimen revela.

¿Despotrican los frailes misioneros desde los púlpitos contra los poderes constituidos y contra las mismas instituciones? Pues nada de aplicarles el Código: ¡Eso no! Pero silban los republicanos á unos policías, y entonces el Sr. Canalejas arde en ira y amenaza con cárceles y presidios á los que titula revoltosos.

¡Mas si fuera esto sólo! ¡Si únicamente los Gobiernos y las autoridades pensarán y procediesen de esa manera! Proceden y piensan de ese modo hasta las multitudes avanzadas. A los periodistas que han vuelto de Lisboa á Madrid, se les pregunta con insistencia: ¿es verdad que hubo monjas embarazadas?

¿Qué de particular tiene eso? ¡Monjas embarazadas! ¡Si eso fué lo más corriente desde que hubo monjas en el mundo, en las épocas de mayor religiosidad! ¡Si la Inquisición española y portuguesa, y la de todos los países, intervinieron constantemente en procesos por embarazo de monjas! ¡Si Felipe IV tuvo su serrallo en los conventos de España, y Juan V en los de Portugal! ¡Si en el convento de San Plácido de Madrid, en pleno siglo XVII, todas las monjas absolutamente todas, se hallaban en la misma situación que las seis monjas portuguesas, que despiertan la incredulidad de los españoles!

Ya hablaremos de eso y de las bombas de los jesuitas, ya hablaremos; pero entre tanto eplemamos esa ceguera nacional que dura siglos y no tiene trazas de acabar, si no es por medio de una revolución como la que acaba de realizarse en Portugal.

Las cataratas que enturbian la vista de los españoles, merecen bien una operación quirúrgica, si no queremos correr el riesgo de andar dando tumbos como los ciegos y necesitar de un rilo venido del extranjero para que

nos libre de caer en la sima de la barbarie africana.

EL RADICAL

Várgame Dios de los sielos  
qué penosito es mi má  
pues vivo entre dos iglesias  
y frente á la catreal

## De pie de banco

El Sr. Polo y Peyrolón ha dicho en el Senado, discutiendo la famosa ley del candado: «¿Que hay muchos curas, frailes y monjas? Pues también hay muchos zapateros, carpinteros etc.» ¡Bravo, señor Polo y Peyrolón! así se razona, así se convence. De modo que porque haya muchos hombres ganándose la vida honradamente con su oficio ¿es motivo para que haya muchos canallas explotadores, que se hacen dueños y señores de todo aquello que á todos, menos á la chusma clerical, pertenece?

Como ese, pudo el Sr. Polo y Peyrolón hacer también estos razonamientos:

«¿Que diariamente llegan á España frailes de todas las naciones y que se acomodan y se dedican á diferentes industrias? Pues también decenalmente se marchan á América muchos zapateros, albañiles, carpinteros etc., en busca del trabajo que no encuentran en España.

¿Que hay conventos con ametralladoras? Pues también en los cuarteles las hay.

¿Que hay monjas embarazadas? Mujeres de zapateros, carpinteros y hasta de ministros se encuentran en el mismo caso.

¿Que hay mucho vicio en los conventos? Pues también los hay en la calle.

¿Que yo soy un animal razonando? Pues también hay animales que razonan menos que yo».

En resumen, que, el Sr. Polo y Peyrolón reconoce que estamos infestados de curas, frailes y monjas, pero que también existen muchos zapateros, carpinteros etc.

Pero, Sr. Polo y Peyrolón: los zapateros, carpinteros y demás trabajadores, se rompen el alma para ganar dos pesetas, y no hacen daño á nadie; en cambio esa clerigalla que usted defiende se lleva unos cuantos millones del presupuesto, entorpece el camino de la civilización, embrutece á los niños en sus escuelas y si son niñas las pone... ¿Se ha enterado usted lo ocurrido á la niña Montserrat en un Colegio-asilo de Barcelona?

Sr. Polo y Peyrolón: sus razonamientos fracasan más que las intenciones de sus correligionarios los jesuitas dinamiteros de Portugal...

PATRICIO DUQUE PEÑA

Cádiz.

¡Mal haya sea el cucaracha  
que á mi me enseñó á rezar!  
El tiempo que yo he perdido  
me lo debía abonar.

## La santidad conventual

El desgraciado suceso de que ha sido víctima la niña Montserrat ha dado ocasión á los clericales de poner sobre el tapete una vez más su absurda teoría de que los curas, frailes y monjas son impecables. Los que tal desatino sustentan ya saben que esto no es verdad, porque todos conocen á ciertos y determinados curas, frailes, etc., que no tienen el demonio por dónde desecharlos; pero la consigna nea es ésta, y hay que predicarla en el periódico, en el círculo, en la tertulia y en todas partes.

Cuando los corresponsales de los periódicos madrileños que fueron á Lisboa con motivo de la revolución telegrafiaran que se habían hallado religiosas embarazadas, el vulgo piadoso se escandalizó, y, santiguándose, decía:

—¿Monjas embarazadas? ¿Cómo puede ser esto posible?

Pues muy sencillo: son mujeres como las demás, y el echarse encima unas tocas y un hábito no les ha librado de las flaquezas y debilidades de la carne y de pagar su tributo á las pasiones.

—Pero, ¿y los votos, la clausura, las prácticas piadosas continuas, los buejemplos, la lectura de buenos libros, la dirección del confesor, los años de convento, no sirven para nada, no modifican nada?

En la generalidad inmensa de los frailes y monjas, nada absolutamente. En algunos naturalmente buenos, de temperamento frío ó fanáticos, sí. Lo que el fraile ó la monja lleva de la calle al convento le dura toda la vida, pese al aluvión de devociones, reglas, comuniones y actos de piedad que pasa sobre ellos. Limará asperezas de lo externo, aprenderá de un modo inimitable el arte de disimular sus defectos, todo lo sacrificará á la forma; sálvense las apariencias, que el sepulcro esté blanqueado todo lo mejor que sea posible, aunque en su interior guarde toda la podredumbre imaginable; ni la Iglesia, ni la Orden, ni la sociedad católica les piden más ni ellos pasan de ahí tampoco. Genio y figura hasta la sepultura, dice el adagio, y es una gran verdad tratándose de conventuales.

Cada orden, cada convento es un mundo en pequeño, con todas sus pasiones, intrigas, odios, tempestades, sombras, luchas y degradaciones que tiene el mundo de los laicos. Esto no lo negará nadie que haya tratado con alguna intimidad frailes ó monjas ó haya visitado muchos conventos. De esto se podrían citar ejemplos á millares; con lo que yo sé sobre este particular podría escribir gruesos volúmenes.

Yo tengo amigos y condiscípulos que hoy son frailes y curas; los mismos defectos tienen hoy que cuando abrazaron ese estado, con la agravante de haber ido en aumento. Se han vuelto más hipócritas, más disimulados, pero no se han vuelto mejores.

Yo tengo hermanos, hembras y varones, que son frailes y monjas; pues después de tantos años de vida religiosa y conventual siguen con los mismos defectos que tenían cuando vivíamos en familia; el que era egoísta, envidioso, descaído, duro de corazón, sigue siendo lo mismo de fraile ó de monja. Todo ese aparato, ese ambiente de santidad en que viven hace ya muchos años, no



ha servido para modificar su carácter, para arrancar sus defectos, para transformar esos corazones, que siguen siendo los mismos, aunque no lo parezcan. No es, pues, un argumento, una prueba inconcusa de santidad el ser fraile ó monja, porque la ineficacia, el fracaso del sistema monástico para crear al hombre una nueva personalidad, el *hombre nuevo* de que hablan la Biblia y los místicos, está demostrado hasta la evidencia y cada día nuevos delitos y escándalos vienen á corroborar este aserto.

Son tantos y tan horribles los casos que se pudieran citar, que no acabaría-mos nunca. Yo conocí á una monja carmelita que fué durante treinta y cinco años maestra de novicias, el cargo más delicado de un convento y que se desarrolla en medio de un ambiente de pietismo exaltado; pues aquella mujer, que era aficionada al vino cuando tomó el hábito, siguió borracha toda la vida y borracha empedernida murió. Fuera de esto, era una santa. Yo tenía un amigo muy aficionado al lujo que se hizo fraile agustino, y en Filipinas cometió tales despilfarros y prodigalidades, que el comisario apostólico de la Orden, el padre Manuel Díez y González, tuvo que imponerle un freno, pues salía á la calle con hábitos de nipsis bordado que valían un dineral, usaba petacas cubiertas de brillantes y se hacía traer las camisas de Londres. Veinte años y pico de vida eremítica agustiniana no sirvieron para curarle de su pasión por el lujo. Grosero y brutal como un gañán, aunque buena persona era el cardenal Ceferino, dominico, cuando ingresó en su Orden, y grosero y brutal murió. ¿Quién con mejores medios y auxilios para vivir santamente que aquel hermano de la Doctrina que se llamó Flaminio? Pues todo ello no fué obstáculo para que violase á un alumno, lo des-cuartizase y lo escondiera en un desván... ¿Qué cosa más alta, venerable y santa que los Papas, jefes de la Iglesia, cabezas visibles de Cristo, dirigidos por el Espíritu Santo é infalibles? Pues á pesar de todas estas garantías para que fueran buenos, ahí está Sixto III convicto de incesto y violación de una religiosa; Simmaco, acusado de adulterio nada menos que por un Concilio; Pelagio II muriendo de una enfermedad vergonzosa, de esas que producen los *calomelanos* aplicados á la niña Montserrat; Juan VIII, de quien dice el cardenal Baronio que se le puede llamar *mujer* por sus vicios; Sergio III, que recorría las calles de Roma del brazo de la impúdica Marozia; Juan X, cuya vida es un horror de liviandades; Juan XII, cuya vida crapulosa era tal que tuvieron que huir de Roma todas las mujeres honradas. Sus crímenes fueron tales que un Concilio lo depuso por *homocida, incestuoso, sodomita, sacrilego y brujo*. Murió á manos de un marido en una cita adúltera.

Renuncio á citar más casos de Papas por no hacerme interminable. Se me dirá que éstos eran casos aislados, personales, que en nada afectan á la pureza y santidad de la *masa*. No; esto eran explosiones y manifestaciones del libertinaje general de toda una clase, á la que tantas gracias, devociones, sacramentos y auxilios espirituales no podían volver honrada ni casta. Ahí están los cánones de los Concilios, que

demuestran que la corrupción clerical no era un caso aislado, sino un estado general que perdura hasta nuestros días. En el Concilio de Maguncia, celebrado el año 888, siglo IX, en el canon X se prohíbe á los sacerdotes vivir con sus hermanas «porque muchos—dice el Concilio—las han hecho sus concubinas y les han engendrado hijos.» Y el Concilio de Metz, celebrado en el mismo año, en el canon V prohíbe á los sacerdotes hasta que vivan con su madre. ¡Tal era su conducta y fama!

Viéndose algún neo acorr lado por estas citas, dirá:—Eso se refiere á los curas. Pero de los frailes y monjas nada se ha dicho.

¡Una friolera! En el Concilio de Aix, en 836, dicen los padres: «Los conventos de mujeres jóvenes son lupanares.» En el Concilio de Chalons-sur-Saone, celebrado en 813, hay doce cánones que sólo reseñan abusos de monjas; en el Concilio de Letrán celebrado en 1123, en el canon XXI se habla de las concubinas de los frailes; en el de Letrán de 1139, en el canon VI se censura el libertinaje de los religiosos; el Concilio de Presburgo en 1309, el de Colonia en 1310, el de Valladolid en 1322 y el de Lavaur en 1368 señalan verdaderos horrores respecto á la corrupción de las monjas.

No, el ser fraile ni monja no es un salvoconducto ni una garantía innegable de santidad; por eso mismo que su estado les exige mucho más que á los demás católicos, son más fáciles y escandalosas sus caídas. Cuando al hombre se le pide lo *demasiado* ó lo *imposible*, entonces no llega ni á lo *corriente*. Un hombre, una mujer que intenta persuadirnos que viven en castidad absoluta, están sujetos más que nadie á todas las negruras de las pasiones. Cuanto más puros quieren ser, más acicates, aguijones ó, como ellos dicen, *tentaciones* encuentra su carne exaltada. Cerradas para ellos las vías lícitas, naturales, legales que la sociedad reconoce á todos los hombres para su mejor equilibrio moral y material, tienen que caer forzosamente en el crimen y en degradaciones vergonzosas, como consta de las revelaciones que hizo Sor Angeles, religiosa de un convento de Almería, antes de morir, y que puede ver el lector en la página 177 de mi libro *El tormento en los conventos*, y lo que declaró Sor Filomena y que consta también en la página 150 de dicho libro, y en otros muchos casos que allí cito.

El voto eterno de pureza, por lo mismo que es un obstáculo y un veto insuperables, exacerbaban la pasión en lugar de mitigarla, y á la vista del célibe por religión se transforman en montañas de carne las arenas más insignificantes; y como en esa senda de todas las prohibiciones el que está sujeto al voto no puede poner el pie sin cometer un pecado, oscurecida ya su mente y rotos todos los frenos, llegará hasta lo inconcebible y golpeará á la penitente que se le resista, como hacía en Escocia el P. Andrews en 1853; violentará á sus confesadas, como aquellos dos sacerdotes de la Saboya en 1854; matará á los dos hijos de su cocinera, como hizo un clérigo periodista suizo; aniquilará á Cecilia Combette, como Leotadio, ó cortará en pedazos á su víctima, como Mingrat.

Termino con la sabia frase de Pablo Luis Courier, saturada de prudencia:

«Compadezcamos á los clérigos por su celibato; pero guardémonos de exponer á las explosiones de su sangre á nuestros hijos, hijas, hermanas y esposas.»

FRAY GERUNDIO

Con un pie en la seportura  
y otro en la mesmita vera,  
como se acercase un cura,  
le atizaba una puntera.

## Otro fraile ladrón, con cien años de perdón

Llámase Giovanni Merrey, procedente de Hungría, alto, fornido y jovenzote. Hallábase en el Convento de Concettini de Roma.

Enamorado perdido de una garrida moza napolitana, pensó que Nápoles estaba muy lejos de Roma y que no era justo que su enamorada cantase coplas á la luna. Para remediar el mal, decidió desbalijar los santos de la iglesia, cargó con los cálices y alhajas de la sacristía, descerrajó los cepillos, y en tan grata compañía huyó del convento de noche y por una puerta de escape.

¡Oh, desgracia! En la estación, donde esperaba su adorada Virgen María, fué cogido por la policía como un ladrón vulgar y puesto en el recaudo oportuno.

Lectores: al ver un fraile guapochote y tiernecico, ojo con la cartera y alejad las chiquillas. No son de la escuela de Ferrer.

(Corriere della Sera, 23 de Octubre.)

Malhaya sea la veleta  
que está en lo alto de la torre,  
el campanario, la iglesia,  
y quien ally los pone.

## La hora del quebranto

(CUENTO POPULAR)

El P. Bonifacio, cura párroco de cierto pueblo andaluz, era ni más ni menos que un ejemplar de la *especie negra* como otro cualquiera; tenía todos los vicios de los hombres y de los curas; esto es: mi *satatumbas* jugaba (con ventaja por supuesto); era mujeriego y lujurioso en superlativo grado; y en cuanto al vino y las pendencias, rebajaba con facilidad una pulgada de mosto, arrojando la *jeta* á la superficie de un tonel de treinta arrobas; y por menos de un pitillo le soltaba un trabucazo al mismísimo Beato Pablo, ó se daba dos puñaladas con cualquier prójimo.

En cuanto á su físico, debo decir que su paternidad era un real mozo en toda la extensión de la palabra, y bien se merecía á Eduvigis, guapa hembra que con él vivía en calidad de sobrina, ama de gobierno, sirvienta ó lo que fuera; pues este punto no está bien definido en la crónica de que me sirvo para mi cuento.

El pueblecillo que espiritualmente dirigía el P. Bonifacio constaba de quinientos vecinos, los cuales, sin excepcio-



nes honrosas, eran ignorantes y zafios, pero creyentes y religiosos hasta dejárselo de sobra; que lo uno complementa á lo otro, y es evidente que la fe y la imbecilidad siempre se encuentran unidas en el campo del fanatismo.

Pero basta de preámbulos y vamos á mi cuento.

Rifó un cerdo mi reverendo párroco entre sus feligreses á peseta el número, con el laudable fin de reunir dinero para un objeto piadoso, según rezaban los billetes.

No defraudó aquel devoto pueblo las esperanzas del párroco, que se metió dos mil reales en el bolsillo, importe de la venta de todas las papeletas. El sota-na estaba encantado y pensaba para su capote:—«¡Pues si rifo un cerdo cada mes, me redondeo!»

Verificóse el sorteo y se presentaron al siguiente día en casa del cura dos señoritos del pueblo reclamando el compañero de San Antón. Es de advertir que eran dos los números premiados, y que estipulóse en las condiciones de la rifa la repartición del succulento animal entre los agraciados.

Pero sucedió que no hubo avenencia entre los dos jóvenes, pues ambos pretendían obstinadamente llevarse el cerdo entero y vivo, abonando al otro en dinero la mitad de su valor.

Fueron inútiles las convincentes razones que adujo el párroco para arreglar aquel asunto, que amenazaba terminar en pendencia. De la discusión no brotaba la luz, y los argumentos hubieran llegado á la categoría de aplastantes ó de estaca, á no ser por la intervención del tonsurado, que se expresó en estos términos:

—Jóvenes; no hay que alterarse. Tranquilizaos, y oid lo que se me ocurre para resolver esta contienda. Ambos sois perezosos y os levantáis muy tarde; como vais de ronda hasta las tantas de la noche, habéis contraído el pernicioso hábito de acostaros á deshora y dormir hasta el mediodía. Pues bien; el que de vosotros se levante mañana más temprano y así lo acredite en debida forma, se llevará el cerdo, y punto concluido. ¿Os conviene?

Los señoritos encontraron muy de su gusto la proposición, y se despidieron del cura para dirigirse á sus respectivos domicilios. Mas uno de ellos anduvo corto trecho, y cuando nadie le observaba, volvió pies atrás y colóse furtivamente en la casa del párroco. La puerta estaba entornada, según costumbre; subió la escalera sigilosamente y dirigióse sin ser visto por el pasillo hasta la alcoba; se metió debajo de la cama del buen presbítero, que más bien que lecho, parecía una plazoleta por sus amplias dimensiones, y acomodándose lo mejor que pudo, esperó callado como un muerto.

Eran las diez de la noche. El P. Bonifacio terminó de engullirse una cena digna de Lúculo; fué á la cocina en busca de Eduvigis, y tomándola del brazo la condujo á la alcoba y exclamó solemnemente:

—Eduvigis; sonó la hora del quebranto. Acostémonos.

El señorito, basfante molestando por las chinchas, continuaba debajo de la cama.

Comenzaba á romper el día cuando

fué despertado el P. Bonifacio por un fuerte aldabonazo, y llamó á su sobrina diciéndo:

—Eduvigis, Eduvigis! Que vienen por el cerdo. Vístete y abre.

Con efecto, era uno de los señoritos que entró exclamando:

—Padre, desde las dos de la madrugada estoy despierto y traigo testigos que lo afirman. Si no ha venido el otro, yo he ganado.

El saltatumbas iba á entregarle el cochino, convencido con estas razones... pero se quedó estupefacto y boquiabierto ante la presencia del otro señorito, que, como por arte de encantamiento, apareció gritando:

—Poco á poco, señores. El cerdo es mío. Estoy en pie desde la hora del quebranto!

—¡Basta! —Interrumpió furioso el curiano. —¡Tuyo es el premio!

RAFAEL CAMPILLO

## ¿Tiene razón

### Polo y Peyrolón:

¡Qué divertida sesión han tenido en el Senado, discutiendo Peyrolón contra la Ley del Candado!

¡Qué manera de reir los ancianos senadores, oyendo á Polo esgrimir sus argumentos mejores!

¡Qué sabroso pitorreo en la Cámara se oía, y qué dulce cosquilleo cada senador sentía,

cuando Polo peroraba con gestos apocalípticos, y, sin darse cuenta, usaba argumentos sicaípticos!

Yo me explico el buen humor de nuestros graves «abuelos»; Polo estuvo encantador, y la moral por los suelos.

En su conciencia cristiana de fervoroso carlista no nació idea liviana; pero el Senado, bromista,

con maliciosa intención, aunque con muy buenos modos, torció su argumentación, como la torcemos todos.

Esa Ley funda su intento de prohibir congregaciones, por mor al decrecimiento de la población. Razones:

El voto de castidad que frailes y monjas hacen. De él surge esta gran verdad: Menos ciudadanos nacen,

cuantas más personas haya sometidas á esos votos. Hay, pues, que poner á raya el celo de los devotos...

Y decía Peyrolón, refutando ese argumento: — ¡Eso es una aberración! ¡No, no hay tal decrecimiento!

Precisamente sucede todo lo contrario! (Risas). ¡No, señores! ¡Nadie puede sentar aquí esas premisas!

Con datos comparativos os lo voy á demostrar: ¡Los frailes no dan moivos... (Risas)... para sospechar.

¿Qué ocurre en otras naciones? Estudiadlo. Echad la cuenta. ¿Dónde hay más Congregaciones, más la población aumenta!!

(Carcajada estrepitosa, coro general, siseos).

Polo: — ¿He dicho alguna cosa digna de tales «recreos»?

EMILIO NAVARRO

Barcelona

## Desengaño previsto

No quise decirte nada, Juan, el día que me elogiaste tanto á la mozuela aquella tan guapa que se estaba preparando para hacer la primera comunión; pero vi algo en su mirada que no me agradó. Lo que acabas de referirme prueba que tengo buen ojo clínico.

Comprendo lo triste de tu situación... Había concentrado en esa hija todo tu cariño... Vivías por ella y para ella... Ningún sacrificio te hubiera parecido grande para proporcionarle una satisfacción ó ahorrarle una pena... Aún recuerdo el día aquel en que te dió un zapazo la leona del Retiro por quitarle un trozo de carne para hacerle á esa hija un caldo... ¡Y verte ahora abandonado por ella... ¡Llora, Juan, llora!... Me pongo en tu lugar y siento la desgarradora angustia de los grandes infortunios... ¡Ven á mis brazos! ¡Lloraremos juntos tu desventura!...

Lo que más me ha conmovido en el relato que me has hecho, es su dureza de corazón y su falta de caridad para contigo. ¡Verte de rodillas á sus plantas, suplicándole por el Dios á quien adora que permaneciese á tu lado, y no alterásele un músculo del rostro, ni asomar una lágrima á sus ojos; ni surgir un sollozo de su pecho! ¡Recibir con rigideces de estatua aquellos abrazos tuyos, tan apretados como tiernos!...

Pero el que me haya conmovido, no quiere decir que me haya extrañado. Todo convencimiento religioso engendra la crueldad... Para acercarse á Dios hay que sacrificar la criatura, desprenderse de todo afecto terrenal. Le han imbuido curas y frailes esas ideas, y ella cree servir á Dios practicándolas.

¡Pobre Juan! ¿Qué solo te has quedado! Porque lo estás, aunque otra cosa creas. Te queda esa hija y la que sentó



plaza de ramera; pero como si no tuvieras ninguna. Cuenta con la pecadora muy poco; con la santa, nada. Todavía, si alguna vez llegaras á tiempo, podría la primera regalarte una peseta acabada de ganar en faena impúdica; la segunda nunca te dará ni una sonrisa. Te recibirá al principio con ese cariño frío, peor que el odio; después, ni siquiera te recibirá. Estando bien con el padre de allá arriba, ¿qué le importa el de aquí abajo?

La religión tiene eso de bueno; recaba para el corazón una independencia hermosa que le permite ahogar sin remordimiento cuantos instintos nobles y generosos asomen la cabeza.—J. N.

Pa los hombres se jisieron los griyos y las caenas, pero no para los curas que las merecen de veras.

## Extrañezas... extrañas

Por si en un convento han encontrado las autoridades láminas pornográficas, hay gentes que se escandalizan.

Por si en otro descubrieron bombas de dinamita, ponen el grito en el cielo.

Por si en aquel había *hermanas* en vísperas de ser *madres*, el estupor llega á su colmo.

Por si en el otro hallaron una máquina de hacer moneda falsa, se quedan atónitos.

Por si en el de más allá aparecieron *objetos de goma*, estupefacción general.

¿A qué vienen esos aspavientos? ¿Es que se quiere que los sotanoides de todas clases y colores vivan en perpetua farsa?

Bueno que en público, en sus relaciones con el mundo exterior, en funciones de su ministerio *visible*, aparezcan como conviene á sus intereses: castos, bondadosos, humildes, caritativos. Pero déjeselos también que en el hogar, en la vida íntima, sean como son: lujuriosos, avaros, soberbios. Lo contrario sería llevar la restricción y la tiranía á un extremo inconcebible.

¿No tienen las fieras libertad para ser fieras? Pues dése á los frailes libertad para que sean... eso, frailes.

Además, si en los conventos no hacen todas esas cosas ¿qué otras han de hacer?

Y ¿un habremos de agradecerles que se entretengan en esas *juletas*, por que sino... se entretendían en otras peores.

Se dirá que no está bien predicar moral y hacer moneda falsa; piedad y arrojar explosivos. Pero tampoco está bien recomendar la pobreza, y *captar* herencias, la templanza, y ser cínicos y...

Váyase lo uno por lo otro.

Y aún seguirá luego de *lo de Portugal*, es decir, de las *cosas* que ha descubierto en los conventos la revolución del vecino reino, aun seguirá, repito, la desvergüenza, el impudor y el cinismo

de los Urquijo, Dalmacio, Fe iu, Senantes y demás buitres sin hábito, hablando de apaches, de laicismo...

¡Miserables! ¿En qué escuela laica se abusó de una doncella escudándose en su inocencia, en su debilidad, en su desamparo ó en su horfandad? ¿En cuál otra se encontró el troquel de hacer moneda falsa? ¿Cuándo usaron para so-laz en estos colegios, de esos *objetos de goma*, cuyo hallazgo excitó, junto con la h'aridad, el rubor? ¿En qué punto está la escuela laica desde donde se hayan arrojado bombas de dinamita á la multitud indefensa? ¿Dónde la que tenga *laminillas* para excitar la lujuria más desenfrenada?

Afortunadamente los sucesos de Portugal han sido pródigos en enseñanzas, para que el pueblo os reciba como merecéis el día que comparezcáis ante su justicia inexorable.

PEDRO MARTÍNEZ

Cuando salí de mi tierra mi agüela se echó á yorá, al saber que me yevaban al convento de Corbán.

## El odio á la prensa

En su reciente decreto *Sacrorum antitistum*, ha prohibido el papa que se lean en los seminarios revistas y periódicos (¡ni aun los católicos!) con objeto de no di traer á los alumnos de sus estudios. Además, estos últimos días, el Consistorio ha extendido la prohibición á todos los conventos de frailes y de monjas.

Pero al mi mo tiempo, los jesuitas envían comisionados de seminario en seminario y de convento en convento, no sólo en Italia sino también en Francia y en otras partes, con una orden pontificia autorizando la introducción y la lectura de sus escritos y de sus periódicos en conventos y seminarios.

Por lo visto, Pio X ha concedido á los jesuitas el monopolio del embrutecimiento universal católico.

Aunque en una cruz te pongas vestido de Nazareno, no me sacas á mí un cuarto para el santo jubileo.

## DESDE VILLARRAMIEL

Tonterías carlistas.

En un *periodicucho* imbécil y ñoño, como buen católico y con censura eclesiástica, ha escrito un futuro sacerdote, más cecil que ilustrado, unas cuantas tonterías, que no merecerían el comentario más liviano, si no fuera por que la clerigalla ésta de boina y armas al hombro, tomando el rábano por las hojas, cree que el no contestar á tono á sus imprudencias y groserías es por falta de razones ó de co... Y como nos sobran unas y otros, vamos á decirle á ese intruso cuatro palabritas y á advertirle

que procure no olvidarlas, ahora, en su estado de *larva* clerical, y que las tenga siempre presentes, después, en su situación de *sacerdos auritulus, capitis tonsae*.

Un mediano lógico ó ergotista, lo menos que puede hacer es sentar una premisa verdadera ó dudosa para deducir las consecuencias que más le convengan á su tesis; pero sentar una falsedad, dándola por verdad probada y de ella deducir tonterías, es cosa, que, por lo visto, solamente estaba reservada á este seminarista, que promete eclipsar al mismo Aristóteles.

Los demócratas de Villarramiel, *seor monagó*, como buenos hijos de su pueblo, se alegran en sus fiestas y lloran en sus desgracias; y cuando Villarramiel se viste de gala y adorna sus calles, y celebra, con festejos más ó menos cultos, un día señalado, también los demócratas se visten de gala y honran á su pueblo haciendo ondear al viento la bandera inmortal de sus amores, la bandera de los derechos del hombre negados prácticamente por todas las religiones y especialmente por la romana, y no se cuidan de que ese día la Iglesia C. A. R. conmemore el nacimiento, martirio, muerte ó resurrección de algún santo, santa ó beato, llámese apóstol, papa, obispo, fraile, mártir, confesor, virgen ó viuda.

Los demócratas de Villarramiel, que no creemos en más milagros que el de las bodas de Canaán, porque lo vemos parodiado por los taberneros, no nos acordamos de San Bartolomé más que por aquello de que le arrancaron la piel y no se la curtirían como aquí hubiéramos hecho.

¿De dónde la inconsecuencia?

Inconsecuentes seríamos, si predicando la pobreza, la humildad y la caridad, tuviéramos palacios soberbios y casas bien abastecidas, como el papa, los obispos, los curas y los frailes; fuéramos orgullosos y altaneros como esos pajarracos, y arrojáramos de los asilos hospitales y casas de misericordia á los que no se sometiesen ciegamente á vuestras ridículas imposiciones religiosas, dejándolos morir de hambre.

Inconsecuentes seríamos, si estando obligados á guardar castidad, tuviéramos además de rozagantes amas, una infinidad de beatas, de toda clase y condición, solteras, casadas, viudas, pobres y ricas, que nos anticiparan en la tierra la *bienaventuranza eterna*.

Inconsecuentes seríamos, si, reconociendo que toda autoridad viene de Dios, y que por él reinan los reyes y rigen los rectores, nos hubiéramos rebelado contra la autoridad eclesiástica al grito de *jabaio el rector del seminario! ¡muera!* como diz que dicen que hizo alguien que bien sabemos.

Inconsecuentes seríamos, si, predicando la moral cristiana, la escarneciéramos en la vida privada y en la pública.

Inconsecuentes seríamos, si, aconsejando que cada uno hable únicamente de lo que entienda, legos en derecho canónico ó civil y en otras muchas cosas, nos saliéramos por peteneras, diciendo que los bienes adquiridos por la Iglesia lo fueron únicamente, engañando, estafando á los crédulos tontos, vendiendo indulgencias y privilegios, captando la voluntad de los moribundos y que el insigne gran patricio Mendizábal no hizo más que iniciar los me-



dios, que contra ella deben emplearse.

Pero como de esto no entendemos, ni entendemos una palabra de derecho, obligaciones y necesidades, nada decimos; que es lo que tú debías haber hecho, porque en estas materias estás á la misma altura que nosotros.

Tú entenderás de ayudar y tocar á misa, y tomar el sol en invierno y de hacerle una pera en dulce al Rector del seminario, pero de otras cosas ¡magras! Alejandrino.

Así, pues, que sea esa la primera y última vez que escribas y, sobre todo, no hurgues la columna democrática, por que nos revientan los zánganos como tú.

SATURNINO PALENCIA.—

ANASTASIO PRIETO.

Compañerita del alma,  
ya no me conocerás;  
mata más uu sermón malo  
que un año de enfermedad.

## La revolución numérica

He llegado á mis manos un libro que me ha llamado la atención, acaso por entender muy poco de la materia que trata. Se titula *La Revolución Numérica*, y establece un nuevo sistema de calcular.

Pero, tanto ó más que el libro, me ha llamado la atención la valentía con que su autor, D. Ramón Mís Tayeda, en instancia al ministro del ramo, pide que la Junta de Instrucción á sus órdenes declare su libro de utilidad pública, principalmente en la parte práctica y demostrativa en cuanto to la Industria, la Prensa y el Comercio tenga relación; por que esa valentía demuestra que tiene perfecta conciencia de la obra que ha hecho.

He aquí lo que dice en la instancia al ministro de Instrucción pública:

«Que «La Revolución Numérica» ha merecido la aceptación y aplauso de las principales casas de España en Banca, Industria y Comercio; tanto de importación como de exportación; igualmente que cuantos grandes calculistas hayan tenido lugar hacerse cargo de la bondad y fácil manejo de mi libro; todos han estado conformes en que no existe en el Universo, otro libro que le iguale en importancia, en cuanto al Cálculo general y práctico; y, que entre dichos calculistas van incluidos personas de gran saber y renombre, ya del Magisterio Español, ya de los Institutos de enseñanza y Universidades, Seminarios y Academias en general; como también miembros pertenecientes á los Institutos de Guerra y Marina, y que de cuanto digo, tengo justificantes.

Me obliga hablar á V. E., en esta forma, no ya sólo por la convicción que de mi libro tengo, esperando dictámen favorable; si que también teniendo en cuenta, el que el comercio de libros en España, apenas si tiene exportación; debido á mi entender, á la creencia errónea, de que España, en cuanto á la Ciencia numérica, va á remolque entre las naciones que tienen el calificativo de civilizadas.

Por todo lo dicho y teniendo en cuenta que «La Revolución Numérica» esta-

blece nuevo sistema de calcular; suplico á V. E., también, que á los ilustres señores que hayan de informar sobre dicho libro, el firmante ó quien delegue, pueda demostrar el simple manejo y colocación de los números para la resolución de los problemas y combinaciones numéricas, imposible de explicar por indefinidos; pero base fundamental de mi sistema.

Por último Señor: espero dictámen favorable; pero no obstante merecerme gran respeto y mayor acatamiento el parecer que de mi libro puedan tener los muy ilustres dictaminadores ó censores; tengo el propósito firme de probar, por medio de las vías oficiales ó extraoficiales, el que se celebre un concurso internacional de obras de Cálculo general, á los efectos subsiguientes, con la sana intención de probar si España ocupa el lugar que le corresponde en asuntos de tan vital interés; con la seguridad absoluta de que en esta empresa de alta moralidad patria, tendré el apoyo moral igualmente de todos los buenos españoles.»

Sé que, además de lo que dice la instancia, el autor ha solicitado del gobierno la creación de una Academia gratuita y especial de cálculo general basado en dicho libro; y en Dios y en mi ánima que siento no entender de números, para poder apreciar bien lo mucho que vale el libro, según me dicen los inteligentes en la materia que he consultado, y tener autoridad para recomendarlo á mis lectores.

Pero como nunca hablo de lo que no entiendo, tengo que limitarme á decir:

El libro se vende á 10 pesetas. Los lectores de EL MOTIN lo recibirán con el 25 por ciento de descuento, enviando, además del importe, 20 céntimos para el franqueo y 25 para el certificado.

He estado en el purgatorio,  
y te puedo asegurar  
que, aunque los curas lo dicen,  
allí no mandan metal.

## Fábrica de crédulos

Con el fin de que los nombres de los ídolos religiosos sean repetidos al día cincuenta mil veces sin que las gentes se den cuenta de ello, los teólogos han buscado mezclarlos en los actos más íntimos de la vida, y á fuerza de machacar con la constancia de una gotera, han creado un hábito que cuesta luego un gran esfuerzo desprenderse de él. Veamos cómo:

Así que asoma usted la nariz á la calle y ve un amigo, lo primero que le dice, es: ¡adiós, fulano!, y ¡adiós!, repite el saludado. Yo no puedo comprender que significa esta simpleza: adiós. Encuentro de más refinado gusto el saludo chino cuando, para dar una muestra de interés por la salud ajena, dice: ¿Cómo ha digerido usted? Pero á ese adiós, francamente, no le veo la punta. Nada dice, nada significa, como no sea la intención de que uno nombre á Dios sin querer hacerlo.

Otro ejemplo: ¡Cuánto trabajo le darán á usted, D.<sup>a</sup> Virtudes, esa enorme cantidad de criaturas que tiene, ¿es

cierto?—Sí señor, contesta la interfecta: pero Dios las manda, ¿y qué se va á hacer?

Pero si á renglón seguido usted le replica en esta ó parecida forma:—«Diga usted, D.<sup>a</sup> Virtudes; y si usted viviera en Asunción, pongo por caso, y su esposo en San Petersburgo, ¿le seguiría Dios mandando muñecos todos los años?—Aquí la prójima no admite más preguntas, y fingiéndose ruborizada de que uno sepa lo que son estas calaveradas matrimoniales, da el punto por suficientemente discutido, pero no se apea de su creencia: Dios los manda y se acabó. Y la matará usted, pero es Dios quien se los manda.

Otro. Está usted resfriado y después de acaparar media docena de estornudos, de repente le abre la puerta á uno de los más apurados en salir, y así que alguien se entera de la explosión, le dice: ¡Jesús! ¡Bonito papel el que le adjudican al redentor, mezclándolo entre mocos y saliva, proyectiles de que vienen provistos generalmente los estornudos! No comprendo esta indecente práctica que la educación mística ha introducido en la sociedad.

Otro. ¡Una limosna por el amor de Dios!—¡Allá va eso!—¡Dios se lo pague! Lo que equivale á decir que el verdadero mendigo resulta Dios, pues si es él quien me lo ha de pagar, es él quien tiende la mano y á él ha de aprovecharle el mendrugo. En cambio, lo que se ve es que quien llena la tripa es el infeliz que limosnea.

Otro. La Restituta está en traje de acostarse, entretenida en reventar pulgas sobre el velador, y de repente le viene un solemne bostezo y con el mismo dedo pulgucida hace dos ó tres viajes sobre la entreabierta boca, en forma de cruz. ¡Qué cochinal! ¿Quiéren decirme ustedes, que le importará al bostezo que lo reciban con una señal de la cruz hecha con un dedo sucio?

Otro. Nuestro amigo Nepomuceno, á causa de un gran atracción de queso se encuentra en una situación tan apretada, que tiene trazas de caso fatal. Pero una comadre, que nunca falta, porque esa especie se ha propagado de una manera alarmante, acude á los gritos que lanza el amigo, y con un aire de Galeno en las postimerías de su profesión, le propina un litro de aceite de ricino con el siguiente modo de usarlo: Beba usted esto de una sentada, y le garantizo que dentro de una hora, si Dios quiere y la Virgen santísima, habrá usted mejorado... ¡Ya lo creo! Pero ya tenemos á Dios y á la santísima nuevamente mezclados en asuntos sucios.

Ahora bien; ¿no tengo razón cuando digo que estas gentes de Iglesia han tomado á los pueblos para explotarlos y ponerlos en ridículo? Pero como los pueblos son mansos, engullen éstas y otras tantas pamplinas, sin hacer el menor gesto de asco.

Y van viviendo contentos, felices, golpeados, engañados, explotados, sin darse mayormente cuenta del triste papel que desempeñan.

WALTER BRACH

Vivo solito en el mundo  
y de mí nadie se acuerda,  
como no sea el *sotana*  
para pedirme moneda.



## COSAS QUE HE DICHO

*La escuela y la despensa, según Costa, es la primera cuestión que debe resolverse en España.*

Este es un sabio que sabe lo que se dice.

Sólo que si aquí se comiera y se leyese, perderíamos la nota característica.

Y hay que conservar las tradiciones santas de la anemia cerebral y la ignorancia, para que se nos abran las puertas del cielo, que es á lo único que hoy aspiramos.

Mientras más bruto el hombre, más apto es para figurar en los altares, sobre todo si á la brutalidad puede unirse tres ó cuatro pjaras de piojos.

Que es ya el colmo de la perfección cristiana.—1903.

Estoy satisfecho de mí. Me agradaría que los demás lo estuvieran, pero, forzado á elegir, me quedaría conmigo.

Y tan preocupado me tuvo siempre el estar bien conmigo, que no me cuidé de enterarme si estaba bien con los demás.—1895.

Los espíritus adocenados se proveen de diez á doce máximas vulgares para dispararlas sin ton ni son durante su prosaica é inútil vida, librándose así del feo vicio de pensar por cuenta propia alguna vez.

Una de las que más se repiten en la jerga política, es la de que deben combatirse las ideas y no atacar las personas, máxima que nadie cumple, pero que tampoco se atreve nadie á calificar de falsa.

Desprecio la opinión de los necios, aunque sea la más numerosa, y seguiré combatiendo á las personas que desacreditan las ideas que profeso, se oponen á su desarrollo ó dificultan su triunfo.—1884.

La deshonra de los demás, como dijo no sé quién, sirve de buena reputación á algunos.

Es una sombra que hace resaltar por el contraste una luz que, sin esto, resultaría muy pálida.—1884.

Señores diputados republicanos:

Si al solicitar los sufragios del partido le hubierais dicho:

«Vamos al Congreso á oír impasibles entonar endechas á la monarquía, á permitir que los restauradores insulten impunemente á hombres importantes de nuestra comunión, á ver con indiferencia los males de la patria, y á sacar destinos para nuestros amigos y paniaguados...»

Si esto le hubierais dicho, no estaríais ahí.

Despertad de vuestro letargo; todavía estáis á tiempo de hacer algo por el par-

tido, por el país y por vuestra propia fama; recordad la conducta de otras minorías, tan cortas en número como la actual, y sirvaos de estímulo, para imitarlas, el resultado que para sus ideales obtuvieron; y cuando ninguna de estas consideraciones os moviese, muévao la del cumplimiento de un deber que nadie os ha impuesto, que habeis solicitado, y que, por lo tanto, os obliga doblemente.—1883.

Oigo decir que un obispo ha sido nombrado caballero de no sé qué orden.

Aunque reñido ese nombramiento con el desprecio á las vanidades mundanas, aplaudo que se procure que sean caballeros los prelados.—1882.

«Durante la monarquía hasta 1789, tuvo Francia 62 ministros ó superintendentes de Hacienda.

De ellos, nueve murieron ahorcados ó decapitados, dos fueron quemados en efigie, dos condenados á muerte en rebeldía, cinco murieron en la cárcel, cuatro en el destierro, catorce fueron destituidos, diez y seis dimitieron y seis murieron ejerciendo el cargo.»

Tan simpáticos datos demuestran elocuentemente que no todas las costumbres de los pasados tiempos han debido reformarse.—1882.

Creo que los republicanos no debemos en estos instantes establecer la división de revolucionarios y no revolucionarios.

Las patentes de revolucionario se dan en las barricadas, en el campo, en el presidio, en el destierro ó en el cementerio; y como los que ahora las exhibimos no hemos ido por ellas á esas oficinas (salvo alguno que otro desperdigado, con honores ya de momia), carecemos de autoridad para negársela á nadie y de derecho para ostentarla nosotros.

Enderecemos nuestros esfuerzos á la acción común, y dejémonos de ostentaciones que resultan ridículas, por ser falsas.

Hoy por hoy, todos tenemos consignado en nuestras hojas de Hechos: «Valor revolucionario: se le supone.»

Y siendo así, no podemos alardear ninguno de especialista en revoluciones.—1892.

Difícilmente se encontraría entre veinte mil mujeres una que consistiera en vivir de lo que su esposo ó su amante le sacara á otra mujer.

En cada cien maridos hay noventa por lo menos que se aprovcharían de lo que su mujer le sacara á otro hombre.

Y es que la mayoría de éstos son por naturaleza... aquello.—1889.

Señores que viven divinamente á

cuenta de si Cristo fué crucificado hace veinte siglos, multitud de bribones que medran á la sombra de aquellos, y millones de tontos que pagan el pato que unos y otros se comen...

Estos son los que hoy dicen que rinden culto á la religión católica en España.

Así se explica que apelen á todos los medios para difamar, perseguir y anodinar á cuantos vierten ideas que pueden poner en peligro las sagradas creencias de su estómago.—1897.

El que quiera tener una idea aproximada de lo degenerados que estamos, fijese en la extrañeza y la admiración que sentimos ante un rasgo de dignidad, valor ó abnegación.

Los fenómenos de la Naturaleza nos admiran menos que este fenómeno moral.—1903.

Desde 1801 á 1866 fueron ajusticiados en Madrid 469 individuos, unos en horca, otros en garrote y no pocos fusilados. A varios los arrastraron luego; á uno se le mandó cortar la mano; á otro se le descuartizó.

Merece recordarse el caso de haber sido ejecutado en 1809 uno, por gritos escandalosos y sediciosos y sembrar la alarma, y otro, por encubridor de desertión. En 1810 fué ahorcado otro por sospechoso, y en 1824 se dió garrote á uno que dió voces sediciosas.

Veneremos la memoria de los hombres que se han sacrificado en las luchas políticas, pues á ellos debemos el que hoy sean imposibles esos infames asesinatos jurídicos.—1883.

Varias veces me pregunto:

«Si en los últimos días del año 1874 se abren los presidios, y la flor y nata de sus inquilinos se apodera del poder, ¿estaríamos peor que hoy?»

Y me respondo sin vacilar: «No.»

Los presidiarios, precisamente por haberlo sido, habrían procurado obrar honradamente, no ya sólo porque no se les recordara su origen, sino también por no exponerse á volver donde estuvieron.

Mientras los hombres que han gobernado desde entonces, seguros de que no habían de ser residenciados por encanallarnos y arruinarnos, han obrado sin pudor ni freno.

Y así han podido dedicarse tranquilamente á explotar y degradar á España, convirtiendo aque la raza de hombres viriles que sabía morir por una palabra, la libertad, en raza de ladrones, sodomitas y mendigos.

En lo único que han demostrado acierto y previsión, ha sido en llenar la nación de frailes; ya que ha de morir, que muera santa, cristiana y suciamente.—1898.

Hacer periódicos políticos en España, es negocio semejante al que haría quien



llevase en verano un cargamento de capotes rusos á la Habana.

El 60 por 100 de los españoles no sabe leer, el 20 no lee aunque sepa, y el 8 lee y no se entera; queda disponible el 12 para todos los efectos de propaganda y administración.

¿Cómo, pues, han de sostenerse los periódicos, ni vivir quienes los escriben, ni trabajar con fe, ni entusiasmarse con los ideales?

Y, sin embargo, se verifican á menudo esos milagros en todos los partidos, en los populares especialmente.

Si, nunca faltan á la deidad de los tiempos modernos, la Prensa, adoradores dispuestos á hacer en sus altares toda clase de sacrificios.

Y gracias á esto, se mantiene España en pie todavía.—1897.

Hacer bien es la fórmula suprema del egoísmo; absorber en la propia las existencias de los demás, es ampliarla.

Pero adviértase que yo sólo comprendo un egoísmo: el de acaparar todas las satisfacciones que proporciona la práctica del bien.

Y una avaricia: la de monopolizar todas las ocasiones de ser egoísta en esa forma.—1886.

Hay en España 3.000 pueblos sin escuela.

Si sólo habían los maestros de enseñar á los niños lo que la mayoría les enseña, el catecismo y las supersticiones religiosas, no tiene esa vergonzosa deficiencia española la importancia que tendría en otro país cualquiera.—1898.

Por robar un huevo fué condenado en Barcelona Ignacio Villavendrell á tres años, seis meses y veintidós días de prisión.

Leve encuentro la pena, dada la importancia del delito.

De ese huevo, puesto á una llucra, pudo salir una gallina; ésta, llucra á su vez al año siguiente, pudo sacar 15; éstas, 222; éstas, 3 375; éstas, 50.625; éstas, 759.395; todo en el corto espacio de seis años.

Unase á esto los millares de huevos que entre todas hubieran puesto, y dígame si ese canalla no debió ser condenado á muerte en garrote vil.

Un criterio semejante tienen á veces los tribunales de justicia en España.—1900.

Torva la mirada, fruncido el ceño y con el propósito más desalmado, ¡horror causa relatarlo!, penetra un hombre en una viña de Manzanares, y... ¡aquí la pluma se cae de mis manos!, sale al poco tiempo de ella con las suyas teñidas, y devorando la víctima de su horrendo crimen: un inocente racimo de uvas, tasado en ¡seis cuartos!

Procesado, se le impusieron dos meses y un día de arresto mayor, accesorias y costas...

Bien hecho. El robo, para merecer alguna simpatía, necesita no revestir caracteres tan horribles.—1881.

De los datos estadísticos y cálculos hechos en la Memoria de un intendente de Cuba, hojeada por el general Salamanca en el Senado, se deduce que, existiendo próximamente 18.000 cuentas por examinar, y arrojando el examen de unas 3.000 la cifra de 210.000.000 de pesos por fraudes y desfalcos, debe ascender la defraudación de todas las cuentas á más de 900.000.000 de pesos.

Problema que, en vista de eso, presenta un periódico:

«Dada esa defraudación de millones, ¿qué número de ladrones hay en la Restauración?»

Es incalculable. Véanse todos los que, no teniendo dos reales en 1875, hoy poseen casas, fincas rústicas, papel del Estado, y regalan á sus queridas hoteles y carruajes, dotan monjas, levantan iglesias, protegen conventos, y afirmese sin temor á equivocarse:

¡Todos esos!—1887.

Hace tres noches intentó suicidarse una joven, crimen que le impidieron realizar.

Tiene diez y nueve años, es bonita, y se suicidaba únicamente por no poder subvenir con su escaso jornal á las necesidades de su familia.

Bonito porvenir le espera en esta sociedad que le ofrece el viaducto como remedio, la deshonra como medio y el hambre como recurso.—1881.

No siempre me producen indignación los obreros que ingresan en los círculos católicos; algunas veces me dan lástima.

Al verlos con un cirio en la mano en las procesiones ó arrodillados para comulgar, me olvido de su cobardía y abyección, para pensar en que, merced á esos actos en que no creen, su mujer y sus hijos comerán aquel día.

Hay que disculpar algún tanto las malas acciones que obliga á realizar la miseria, para tener derecho á diputar por héroes á quienes no las ejecutan.—1897.

No seas inocente, amado Teótimo; déjate de seguir carrera, cultivar el arte, ni elegir oficio.

Si quieres vivir y medrar, dedícate á cualquiera profesión de esas en que se puede robar impunemente, y lograrás la consideración y la honra que proporciona el dinero.

En los tiempos actuales, como en los pasados, el único crimen irredimible es el de no tener, y la única profesión indigna la que produce poco.—1884.

La última estadística de establecimientos señala en España la existencia de

90.000 tabernas y 24.000 escuelas públicas de instrucción primaria.

Para esta cochina nación de frailes, ladrones y sodomitas, todavía es un verdadero lujo el que haya esas escuelas.

Los esclavos del clericalismo ¿para qué necesitan ilustrarse? Mientras más brutos sean, menos cuenta se darán de su ignominia.—1902.

Jamás me ensaño con los pequeños: ni siquiera me molestan sus ataques. Necesito que el enemigo esté en lo alto, y que sea fuerte y poderoso, para dignarme combatirlo. Renuncio en favor de los insignificantes el derecho á luchar con sus congéneres.

La conducta del hombre oscuro sólo afecta á su personalidad ó á su familia la del importante, á la sociedad entera.—1889.

«¡Ay de aquel que no se parece á los demás! El es solo contra todos, porque el mundo ha sido creado para el vulgo, y fuera del vulgo no hay nada.»

Quien tal ha escrito, conoce bien la vida.

Para poder sortearla regularmente, hay que ser uno de tantos: ser vulgo en el pensar y en el sentir.

Se hace una vida inferior, pero se vive.—1893.

Siete hombres han muerto en el cadalso en Jerez.

¿Y qué va á ser de sus mujeres y de sus hijos?

¿Que qué va á ser? ¿Acaso les cierra nadie el camino que recorrieron sus padres?

Huérfanos, sin instrucción, sin comer y anatematizados...

Pues ello mismo lo está diciendo.—1884.

En el momento de subir al cadalso Juan Huss, ve á uno de los campesinos por cuya libertad moría cargado con un haz de leña de los destinados á quemar su cadáver, y exclama entre irónico y compasivo: «¡Oh, santa estupidez!»

Muchas veces lo he recordado al ver cómo suele portarse el pueblo con los que desinteresadamente le sirven, sin tener la crueldad de ofrecerle lo que no pueden darle.—1896.

Examinados en el laboratorio químico municipal quince chocolates, resultaron uno bueno y catorce adulterados con féculas y semillas oleaginosas, óxido férrico, etc.

Lo que no he oído, es que esté en la cárcel ningún chocolatero.

Siempre lo de Alfonso Kar:

«Si enveneno al tendero de comestibles, me ahorcan; si él me envenena, se enriquece.»

JOSÉ NAKENS



## Ciudad católica

Trozos de una correspondencia de Virginio Gaida, corresponsal en Viena del *Stampa*, periódico de Turín, pintando la corrupción de aquella ciudad católica, apostólica, romana:

«Una vienesa está en la absoluta imposibilidad de pasar sin amor y sin pecado. Toda su psicología converge hacia una irresistible pasión erótica. Hay en ella algo de agudo y de enfermizo: una suprema y feliz indiferencia para los mandamientos de la moral común, que parece hacerla descendiente de una raza profundamente corrompida y decadente.»

Lo que ocurre y se ve todas las noches en Viena, basta para representar la loca y angustiosa pasión sexual que atormenta á este pueblo, tan saturado, sin embargo, hasta la médula por la moral y el respeto de la Iglesia católica. Toda esta gente se persigna y se arrodilla todavía, en una mienosa gazonería, ante una cruz, toma parte con regularidad en las procesiones y canta por las calles, apretada en hileras y velas encendidas en mano, los himnos sagrados; odia á los judíos y besuquea las imágenes de los santos; frecuenta la iglesia y no tolera que se ofenda á ésta con la más inocente palabra. Pero de noche, en los bancos de los jardines, se deja abrazar y hacer la corte por el primer desconocido elegante, acepta riendo sus misteriosas citas, y por las calles públicas ostenta su irresistible pasión por el oficial del ejército activo, sentándose gozosa sobre sus rodillas.

Lo que verdaderamente interesa en los jardines á un extranjero es esa tranquilidad y pública cuanto desfachatada exhibición amorosa de las muchachas vienesas; pero ésta es bastante más íntima y corrompida. Tiene algo de la morbosidad oriental.

Hay muchísimas solteras que amigablemente se dividen un mismo adorador y pasan con él, juntas, la noche. Hay señoritas de las oficinas que van solas, de noche, en busca de aventuras á los bosques del Prater, aceptan la compañía del primer desconocido que las sigue, recorren con él por las fondas y cervecerías y luego desaparecen en la obscuridad.

Algunos médicos de Viena me han dicho también que esas pasiones amorosas van degenerando aún más y pervirtiéndose: recurren á las razas de color y á las deformidades más extrañas, buscan con una preferencia inquieta los turecos, los mongoles y los negros, que en Viena no son raros.

Todo esto produce una inmensa histeria á los jovenzuelos calaveras, pero entraña un grave problema abrumador. Hay á la verdad en esa locura de amor algo de enfermo y de profundamente triste. Se descubre en ello la profunda enfermedad de una multitud. El rígido precepto de castidad del catolicismo, que, sin embargo, parece en realidad triunfar omnipotente en Viena en las formas exteriores, no ha logrado contenerla y ha quebrado completamente. Diríase casi que la pasión humana, que él quería desnaturalizar y desviar, haya reaccionado en una rebelión salvaje para mostrar su fuerza irresistible.

Entre todos los países de Europa, Austria es el más católico y el más adicto á la Iglesia, y en él los nacimientos ilegítimos alcanzan el grado más alto é insuperado; como en la católica Baviera, el estado más beato de Alemania, la inmoralidad sexual representa el grado máximo de todo el imperio.»

Corrupción y catolicismo son sinónimos. Una religión que absuelve en un minuto toda una vida de crápula y crímenes, no puede dar de sí otra cosa.

Aquí, en España, no han llegado todavía los católicos á esa desmoralización, en público al menos; pero no perdamos por completo la esperanza de que lleguen. Si la carne es un enemigo del alma ¿por qué no castigarlo y degradarlo?

Y los que piensan así, piensan lógicamente.

Pensamiento, tú me matas,  
tú me tiras á perder;  
que me ordene y me haga cura,  
cosas que no pueden ser.

## Moralidad episcopal

¿Han observado los lectores la serie de epítetos que nos aplican los prelados y gallos cantantes de la Buena Prensa por haber intitulado *Hojitas piadosas* á nuestras candidas, angeles, festivas, instructivas, amenas y alegres *Hojitas*? «Canallas, golfos, granujas, infames, cochinos, gorrinos y marranos», y si no dicen más y peor, es porque hasta la malignidad clerical tiene sus límites en el Diccionario.

Pero es cierto que la piedad de nuestras *Hojitas* es sin aleación ni mezcla, que es legítima á más no poder y que lleva la marca del fiel contraste evangélico; ¿qué es, pues, lo que tanto irrita á los malos obispos y á los pacíficos Senantes? Sencillamente, que nuestra piedad, de marca legítima, desenmascara su piedad fullera que les sirve de ganza para abrir conciencias y bolsillos. Razón tiene de quejarse y de irritarse el rapazuelo cuando oye que alguien grita ¡al ladrón!, que es lo que nosotros hacemos con los explotadores de este procedimiento del entierro, en donde los tesoros concedidos á cambio de la moneda contante, se dicen colocados en el cielo, y del procedimiento de madame Humbert, que guardaba en el arca misteriosa y sagrada los miles y millones de gracias y perdones semejantes á billetes de Banco.

Pues vean ahora la granjería con que los católicos suizos del cantón del Vaud se dedican á sorprender la buena fe de los protestantes con anuncios y reclamos para obras sociales al parecer protestantes ó indiferentes, ocultando cuidadosamente el origen y fin católico, á fin de engañar á los incautos haciéndoles creer lo contrario.

Esta delación de habiidad granjeril constitutiva de un delito de estafa, se

contiene en la reseña oficial publicada por el *Sinodo Nacional* de Lausana, de cuyo extracto, publicado por *La Tribune de Gêveve*, copiamos el siguiente párrafo:

«El Sinodo de 1909 había invitado al Comité Sinodal á encarecer á sus delegados que gestionasen ante las autoridades competentes, el exigir que en los prospectos, anuncios y billetes de ciertas loterías que para sus iglesias hacen los católicos, se exprese debida y honradamente el carácter católico de tales obras para evitar el error del público. En tal sentido se ha reclamado la intervención de los obispos católicos suizos, los cuales han soltado el mochelelo pretextando que tales loterías son organizadas por los comités locales de las parroquias, que pueden proceder sin autorización del obispo.»

Es decir, que los obispos se cruzan de brazos ante este sablazo dado por los suyos á los protestantes, y no quieren saber nada, fuera de recoger el dinero procedente de tales industrias.

Moralidad eclesiástica se llama esta figura.

Si así andan los de Suiza ¿cómo serán los demás? Pegársela á los amigos debe ser cosa deliciosa; pegársela á los enemigos es deliciosísimo.

No te apures, compañera,  
por aquello que pasó;  
soy cura, y para casarte  
tengo un sacrisán mayor.

## CONTRA LA INFAMIA MONARQUICA

¡Adama, Sodoma, Gomorra, Seboin y Segor, nefandas ciudades de Pentápolis! ¿Qué hicisteis para merecer las iras del cielo, que os abrasó y redujo á cenizas y pestilente fango, bajo una lluvia de fuego y azufre, que no hayan merecido los cuatro mil cuatrocientos conventos de monjas y frailes esparcidos por todas las provincias de España?

¿Qué delitos se cometieron en la infamante Bastilla de París que no se hayan cometido en los antros religiosos que viven aquí al amparo de la ley, para que la revolución triunfante la sometiese á la purificación del incendio?

Ni en la ciudad de Lot, ni en ninguna del fabuloso bíblico valle, ni en la histórica prisión del Estado del vecino imperio, destruida aquella por el fuego del cielo y ésta por la tea de la justicia popular, se perpetraron los nefandos crímenes que han tenido, tienen y tendrán lugar en los conventos, mientras el pueblo, lleno de indignación y de vergüenza, no emule á sus maestros de allende el Pirineo, repitiendo aquí, después de bien estudiada, la hermosa lección del 14 de Julio. Porque si hemos de esperar que la justicia histórica ampare nuestros derechos ó que la prudente política imponga las legítimas aspiraciones populares, ya estamos frescos.

Los crímenes nefandos contra la moral ó contra el derecho, cuando se hacen endémicos y la impunidad del silencio y del interesado disimulo los ampara, sólo los puede castigar la justicia popular, que dicta y ejecuta si-



multáneamente sus fallos inapelables.

Hasta aquí se ha dudado, aun en presencia de los más irrecusables testimonios, que en los conventos de monjas y de frailes tenían albergue todos los vicios más asquerosos, y que en ellos se practicaban los más crueles tormentos y tenían lugar las más horripilantes ejecuciones de penas capitales. Y se dudaba, por haber visto á las autoridades judiciales y gubernativas titubear ante los mismos hechos consumados y esquivar la formación de ruidosos procesos ó sobreseerlos cuando las exigencias de la opinión no han podido eludirse para incoarlos.

Ya es tiempo de informar al pueblo sin ambages ni rodeos, no sólo de que, en efecto, en los conventos se prostituyen los frailes y las monjas y se martirizan y ejecutan los presuntos delinquentes, sino de que todo esto se hace bajo la salvaguardia y garantía del Estado, que detiene la acción de la justicia á la puerta de las clausuras.

No es que ningún juez eche tierra á los crímenes que en las clausuras se cometen, es que para el Código civil no son crímenes, es la justicia monástica que el Estado garantiza, es la religión católica que usa de sus derechos consignados en los sagrados cánones.

Ne se me alcanza la razón que asiste á los gobiernos para callar y disimular tales infamias, ni como es posible la existencia en una nación culta de Asociaciones que dispongan de la vida y del honor de sus miembros, á despecho—¡qué á despecho!—con la garantía del Estado.

Que nadie se atrevera á negar estos extremos, lo tengo por muy seguro; pero si alguien los negara, que lo haga público, que aquí estoy yo para contestarle. A ver, que salga el valentón que diga que miento.

En 1890 logró fugarse de un convento de Valencia, que si mal no recuerdo era el de las dominicas, una monja profesa, Sor Filomena, la cual monja buscó el amparo de un virtuoso y honradísimo sacerdote, á quien le manifestó que huía del convento por los malos tratos que de las monjas recibía, porque se la quería obligar á prostituirse con el capellán. En tal convento la que se negaba á ser instrumento de las bacanales monásticas, era cruelmente atormentada con los suplicios de las cuerdas, del hambre y de la sed.

La misma Sor Filomena fué testigo presencial en 1888 de los escándalos que estallaron y de los que se hizo eco la Prensa de Madrid, con motivo de los tormentos que decretó el cardenal Monescillo á la comunidad que abandonó Sor Filomena y á otras dos, á las que quería por fuerza imponer la vida común, llegando el cinismo de aquel miserable borrachín purpurado hasta mandar atar y azotar á las religiosas que sostenían la legitimidad de sus derechos.

En 1901, durante la profesión de la novicia Vicenta Gómez en el convento de dominicas de Carcagente, otra monja armó una gritería infernal, increpando á la superiora y demás compañeras con los epítetos más denigrantes.

A las doce de la noche de aquel mismo día se oyeron desgarradores gritos de la monja pidiendo socorro; el vecindario se indignó y el ruido del suceso se extendió por toda la provincia.

Un redactor de *El Pueblo*, que fué allá, averiguó é hizo públicos éste y otros muchos líos, y vió desde un tejado que dominaba el jardín del convento á dos monjas jugando á la *pío* con el hortelano, gastando bromas y retozos alarmantes.

Otra religiosa que presenciaba estas indecencias, Sor Imelda, de 25 años, por si amenazó ó no amenazó á las retozonas madres con denunciarlas al Arzobispo, le arrimaron entre el sacristán y otro jovencuelo una tremenda paliza. Esta infeliz, que se llama Carmen Cabrera Martí, pudo notificar lo que le ocurría á su familia, la cual alarmada envió á Torrente á un abogado.

Sor Imelda declaró que el sacristán y un amigo suyo entraron en la clausura y la golpearon bárbaramente, y que por las noches oía toser á un hombre en la celda de la priora. Las monjas alegaron lo de siempre: que Sor Imelda estaba loca. Se la sometió á reconocimiento facultativo, resultando que estaba muy cuerda.

A pesar de todo, las autoridades se encogieron de hombros ó se pusieron de parte de la comunidad, y en ello no hicieron más que cumplir con su deber; cuando el Estado garantiza la existencia legal de asociaciones en cuyos reglamentos se consignan los castigos corporales, las penas afflictivas y la muerte, ¿qué han de hacer los Tribunales de justicia? Romper la vara y tirar la toga á la cara á un Estado cómplice de semejantes crímenes de lesa humanidad. Eso por lo menos hubiera hecho *Cantaclaro* antes de sortear con silencios y disímulo un auto de prisión para toda una comunidad de bribones ó bribonas.

En la calle de Hernán Cortés de Barcelona, donde residen las hermanas de San Juan, el año de 1901 Sor Dolores atormentó á un niño, y Sor Concepción á otro, á quien colgó por los pies, metiéndole la cabeza en una caldera; se llamaba Francisco Llebrer y Ritá; murió á los pocos días, quedando, como era de ley, impune, éste como todos los demás crímenes monacales.

Entre las cosas de provechosa enseñanza que debemos á lo que han dado en llamar la semana trágica de Cataluña, figura el descubrimiento en todos los conventos incendiados del *in pace*, celdillas estrechísimas, algunas subterráneas con un agujero á la altura de la boca, donde se emparedaba á las religiosas por toda su vida, que, claro, no sería muy larga.

Me haría interminable citando casos horribles donde la crueldad monástica se manifiesta con todos sus refinamientos y la lascivia celibataria con todas sus aberraciones. Violación de doncellas, corrupción de menores, pederastías, murginismos, inversiones, cuanto de indecente y canallesco se registra en las galeras más desmoralizadas y en los peor administrados presidios, son flores de la moral monástica, que otra cosa no podía exigirse á instituciones conjuradas contra la naturaleza en constante confabulación contra la perpetuidad de la especie.

Vuelvo á remitir á mis lectores á la ingeniosísima y bien documentada recopilación de textos de derecho y relatos de hechos consignados en el ya citado libro de mi amigo *Fray Gerundio*, «El tormento en los conventos», donde

el lector hallará motivos de profunda indignación para hacer coraje y aplicar á las 4.430 Bastillas que nos deshonran, el remedio que á la de París aplicaron los franceses el 14 de Julio de 1789.

Ahora ya sabe el país por qué se detienen los jueces á las puertas de los conventos, donde se cometen los mayores crímenes: porque tales crímenes están amparados por el Estado.

Al intento de romper con estas vergonzosas immoralidades y poner fin á tantos crímenes impunes, llaman las canallescas hordas del clericalismo persecución religiosa.

CANTACLARO

El clérigo es como el toro,  
que donde lo llaman va;  
tarde á casa de los pobres,  
pronto si huele metal.

## Diccionario de beatos

*Abraham*.—Judío que, por vender á su propia mujer y estar á pique de asesinar á su propio hijo, es propuesto á los jóvenes cristianos como modelo que imitar.

*Confesión*.—Lavatorio periódico que autoriza á los pecadores para... volver á ensuciarse.

*Diablo*.—Cuco jubilado que ya no asusta sino á quienes le tiran de la cola.

*Domingo*.—Día que los cristianos consagran á la pereza, la gula y la lujuria, por miedo á ofender á Dios si trabajan.

*Eclesiástico*.—Sexo «neutro» de la humanidad.

*Escama*.—Membrana córnea que ciertos animales tienen sobre el cuerpo, y los clericales sobre los ojos.

*Galileo*.—Famoso malhechor, perseguido, encarcelado y atormentado por la Iglesia, á causa de haber tenido la osadía de decir que la tierra gira alrededor del sol.

*Hoguera*.—Único argumento eficaz del catolicismo contra la herejía. Va cayendo en desuso.

*Jesús*.—Piloto al que la tripulación recibiría de muy mala gana si pretendiese volver á tomar el timón de la barca.

*Misa*.—Artículo de un comercio muy extendido, que los economistas deberían someter á un impuesto.

*Novena*.—Período de nueve días, en el cual se expenden los rezos por docenas.

*Olor de santidad*.—Perfume de las personas que opinan que la mugre es grata á las narices del Padre Eterno.

*Plaga*.—Castigo que, en su infinita justicia, el cielo hace recaer sobre todos para castigar á unos cuantos.

*Razón*.—Enemiga natural é irreconciliable de la fe.

*República*.—Gobierno al que los clericales encuentran defectos infinitos.

*Syllabus*.—Código moderno: predica la caridad evangélica y la tolerancia.

*Sentidos*.—Organos declarados malos por los que no conocen el bueno.

*Tonsura*.—Aureola que los supuestos mártires de ahora pueden á tiquirir por unos céntimos en casa del barbero.

*Viernes Santo*.—Día en el cual hasta los animales ayunan, cuando no encuentran que comer.



## Casos de conciencia

Sal del teatro disgustado, triste, con el cerebro lleno de ideas negras. Tanta grosería, tanta bestialidad, molestaban. Me encontré en la calle. Era un anochecer de día de fiesta. El cielo estaba plomizo. Llovía; como el barro sucio en las aceras, se iban formando en mi espíritu sedimentos de ideas turbias, precipitados, negros, tan negros como el cielo y como la noche.

Las tiendas estaban cerradas, los tranvías regresaban hacia la Puerta del Sol, atestados de gente; había esa animación repulsiva del domingo, que tanto nos molesta á los que podemos salir durante toda la semana. Hasta en eso el hombre es egoísta: le desagrada á uno la alegría estrepitosa de la gente de las tiendas y de los almacenes.

Huyendo del alboroto me interné en callejuelas estrechas, andando al azar. No podía arrojar de la imaginación el recuerdo del teatro: oía los brutales chistes de la obra, transformándose en carcajadas al pasar por las cabezas huecas de aquella masa de imbéciles que formaba el público, y veía á uno de los cómicos, un payaso de cara innoble, con el cuerpo rígido como un garrote, haciendo gestos y visajes y dando gritos estridentes. Y sin embargo, me habían dicho que era un honrado padre de familia, decente y digno; su mujer, una mujer de su casa, se ganaba la vida enseñando las piernas en el teatro, mientras el hacía payasadas. El dinero que iban reuniendo lo guardaban en el Monte de Piedad. Esto no sé por qué me parecía extraño.

Seguía andando al azar, cuando me llamó la atención el escaparate de una funeraria. Desde chico siento una gran aversión por esas tiendas, y sin embargo, excitaba mi curiosidad. Es un tráfico curioso el que se hace con los atavíos de la muerte. ¿Verdad? Es interesante una funeraria; parece un archivo, un museo de cosas lúgubres y grotescas al mismo tiempo. Se suelen ver en el interior ataúdes de todas clases y tamaños, como en las tiendas de ultramarinos las latas de conservas; luego en el escaparate hay coronas blancas para los niños, coronas negras para los hombres, angelitos en una postura académica mirando melancólicamente un letrero que dice *Souvenir*, porque en España hasta los ángeles están traducidos del francés, y hay otras muchas cosas interesantes: cruces de mármol, adornos de azabache y además un farol sobre la puerta.

Después de mirar el escaparate, dirigí mi vista hacia el interior. En medio de la tienda, junto á una mesa, cosía una mujer joven; dos niños correteaban por allá y jugaban al escondite, ocultándose entre los ataúdes. Alguna zambra debieron armar entre los dos, porque el más pequeño comenzó á llorar y se acercó á la mujer. Esta dejó la aguja y la tela sobre la mesa y tomó al niño en brazos. Pude ver su cara, una cara morena, llena de energía y de bondad. ¿Cómo no le parecerá á esta mujer su comercio repulsivo?—me pregunté, y no pudiendo darme á mí mismo contestación, seguí adelante.

Como la acera de la calle era estrecha, tuve que dejar el paso á una pareja que venía del braceté. Al cruzar, los

conocí á los dos. Era un matrimonio feliz; vivían en una continúa luna de miel; tenían una casita de préstamos que les daba pingües ganancias, y después de pasar la mañana él en sus negocios y ella arreglando la casa, iban á pasear por la tarde del brazo, tan enamorados, sin acordarse de la mujer del albañil, á la que habían dado dos reales por el empeño de unas sábanas que valían sesenta. ¡Y éstos tendrán remordimientos! pensé. Seguramente que no.

Se me ocurrió ir á cenar al café. La casa debía de estar triste. Un cura que se sentaba en mi mesa se acercó y se puso á tomar café á mi lado. Empezó á hablarme de las partidas de tresillo que jugaban en casa de unas amigas, y concluyó por declarar, entre risas, que andaba tras de una de las chicas de la casa. Pero este tipo no tendrá un adarme de vergüenza, algo como un asomo de remordimiento?—pensé.

Viendo que estaba distraído, el cura se puso á hablar con uno de otra mesa. En frente de mí acababan de sentarse dos abonados á diario; la madre era una lagarta, gruñe a y amazacotada; la hija una rubia con los ojos azules y una carilla ojerosa y lánguida. La madre exhibía á la hija con el piadoso objeto de venderla, y á pesar de esto se veía que la quería. Seguramente si se hubiese muerto su hija hubiera llorado. ¿Pero no tendrá alguna cosa como conciencia esa mujer?

Deseando olvidar el tema desagradable de mi pensamiento, abrí una ilustración, y lo primero que me apareció fué el retrato del general\*\*\*\*. ¡Ah! el general. Recuerdo haberle visto pasearse con sus nietos, y enseguida se presentó á mi imaginación una pregunta: ¿le remordera la conciencia á este hombre por los soldados que ha enviado á morir á tierras lejanas? A juzgar por lo sonriente del retrato, no debía remorderle ni poco ni mucho.

—Pero aquí nadie se arrepiente de nada—murmuré yo indignado.

—¡Caramba!—dijo el cura interrumpiéndome.—¡Caramba! Hoy, viernes de Cuaresma, y he tomado café con leche. ¡Qué atrocidad! Vamos, ya había uno que se arrepentía de algo.

Salí del café pensativo. El cómico, el de la funeraria, el prestamista, el general, el cura, todos me parecían sin conciencia; y además de éstos, el abogado que engaña, el comerciante que roba, el industrial que falsifica, el periodista que se vende... y, sin embargo, pensé después: toda esa tropa que roba, que explota, que engaña y que prostituye, tiene sus rasgos buenos, sus momentos de abnegación y sus arranques caritativos. La verdad es que, sea á ángel ó sea á bestia, el hombre es un animal extraño; sólo hay otro en la especie zoológica que le aventaje en ser incomprendible: la mujer.

PÍO BAROJA

~~~~~  
Dos años hace que vengo registrando mil papeles, y no encuentro ningún cura que oiga misa, ayune y rece.  
~~~~~

## La madera de la cruz

Disputábase en una reunión sobre el antiquísimo problema de la madera que

sirvió para hacer la cruz de Cristo. Los arqueólogos, intérpretes é historiadores cristianos han gastado mucha tinta en dilucidar este punto, que, después de todo, á nadie le importa un rábano.

En la reunión mencionada, donde había un naturalista, un anticuario, varias damas, un cura y un médico, salieron á la colada todas las opiniones. ¿Chopo? ¿Sicomoro? ¿Alamo? ¿Encina? ¿Manzano? Este último árbol, por su analogía con la fruta prohibida, conquistó la adhesión de las mujeres.

Se puso en claro que, aunque gran parte de la cruz en cuestión se conservaba, ni la misma Iglesia ha dicho de cuál madera está construida. La duda, por lo tanto, no llevaba trazas de resolverse. Porque el naturalista insinuó el tronco del arcorroque, el cura, hecho un basílico, dióse por aludido con todo el clero, y prorumpió en los soeces insultos apostólicos de costumbre en la mayoría de los sotanas.

Y queriendo cortar la discusión, dijo que cuando Dios no había permitido que supiésemos de cierto la madera de su cruz, sería porque no lo necesitaríamos. Lo cierto era que la cruz con su sombra cubría el mundo para salvación de los creyentes y amenaza de exterminio y condenación de los herejes é impíos: esto sobre todo.

—Señores, dijo entonces el médico; yo tenía ya la opinión que van á oír: ahora el páter, con sus virulentas é injuriosas palabras evangélicas, acaba de confirmarla.

—¡A ver, á ver! Venga ese parecer ó lo que sea.

—En mi humilde entender, la madera de la cruz no fué la de ningún árbol de los mencionados, ni la del manzano; fué la del... manzanillo. El señor cura nos ha descrito los efectos de su sombra, y tiene razón; así está el mundo desde que la sombra esa quita sin cesar toda la luz del progreso que le es posible.

El cura se quedó pegado á la pared.

~~~~~  
Por Dios te pido, bien mío,  
cuando entre frailes estés,  
que tengas ojo á la bolsa  
donde yeves er *parné*.  
~~~~~

## Monja fugada

Descolgándose por una tapia se ha fugado una monja del convento que existe en la calle de la Merced (Cádiz).

¿La causa? La ignoro. Pero no puede ser más que una de estas dos: ó que la trataban mal, ó que no se prestaba á que la trataran bien.

Lo que desde luego puede asegurarse, es que no estaba en el estado que las de Portugal.

Estas, ó las trasladan á un convento lejano, ó no las mueven del que se encuentran.

Son tan modestas que no quieren lucir sus gracias.



(FOLLETÓN 73.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR

OFFENBACH

está en el poder de difusión é infiltración que les dan su propio organismo, y este país y este clima que les son sumamente propicios; y, como dice Lafuente, aunque erróneamente lo dice de iberos y celtas cuando sólo es aplicable á los primeros, á fuerza de tenacidad y de paciencia acaban por gastar á todos los invasores, «y por vivir más que ellos.» Y, efectivamente, por aquí han pasado, aquí han dominado celtas, romanos, y godos, y, sin embargo, sólo lo sabemos por la historia, y sólo lo conocemos por los rastros arqueológicos que de ellos existen. Desgraciadamente no puede decirse lo mismo de los sarracenos cuya invasión favorecieron los iberos, así como luego dificultaron la reconquista. Pues nada más que habiéndose puesto la masa de la población del lado de aquellos invasores, se comprende cómo pudieron apoderarse en unas semanas de casi toda la Península y mantenerse cerca de ocho siglos en ella. Si el elemento ibero hubiese ayudado al godo como el galo ayudó al franco, los moros no habrían llegado á estar en España más de lo que pudieron sostenerse en Francia, una docena de años.

Así, pues, con la facultad, natural en el ibero, de rechazar y perder el elemento del Norte y retener ó asimilarse el meridional, somos poco menos iberos que antes de llegar el primer celta; y la diferencia regional antropológica que más ha subsistido, la vasca, ha concluido por desaparecer casi del todo, hasta el punto de que ya los más sabios antropólogos, juzgando por los actuales á los antiguos vascos, los consideran de la misma raza ibera, cuando evidentemente eran de otra.

Este es caso curioso donde claramente se vé al elemento ibero actuando por presión y por infiltración. Por presión ha ido echando al vasco al otro lado de la frontera, y, aun dentro de Francia le ha hecho ir algo hacia el Norte. Por infiltración ha ido sustituyéndose á él. Y hoy se puede decir de los vascos que no son más que iberos que hablan vascuence, y antropológicamente no hay más que

una sola raza en todo el territorio nacional.

Así ha podido decir cierto profesor de Sociología, Mr. Ripley, que «la población de España, probablemente la más homogénea de Europa, está compuesta, casi por entero, del primitivo dolicocefalo (cráneo largo) del Mediterráneo». Y, como irrefutablemente los iberos son de origen meridional, añade dicho autor que efectivamente «el Africa empieza en los Pirineos.»

—De modo, amigo Zaratrasta, observamos nosotros á este punto, que se puede preguntar:

Celtas, romanos y godos

¿qué se hicieron?

¿Qué fué de aquellos cráneos que trujeron?

—«Eso es, amigo Offenbach, eso es. ¿Qué ha sido de los cráneos, más ó menos braquicéfalos, pero braquicéfalos, que han entrado en España, principalmente por el Norte? Pues como si se hubieran evaporado. El dolicocefalo primitivo ha triunfado en toda la línea, y hecho que preponderar en nuestra antropología nacional un elemento que, africano ó no, procede de la zona tórrida. Y una de las circunstancias que corroboran esto, es la de ser el español generalmente afecto á los climas cálidos, que resiste muy bien, mientras que rehuye los muy fríos, para los que tiene poco aguante. Por esto, sin duda, los navegantes españoles, á pesar de lo inteligentes y atrevidos, apenas han llegado, ni en el hemisferio boreal ni en el austral, á los 66° de latitud, esto es, al círculo polar, y nunca han pasado de él. Sólo los vascos, cuando eran más vascos que ahora, soñaban ir en el buen tiempo á pescar en aquellas latitudes.

Por lo demás, realmente el ibero en su propio jugo nunca ha sido capaz de altas empresas, y lo más grande y exquisito de nuestra historia nacional ha sido godo. No se necesita, en efecto, saber que goda era la nobleza antigua para verlo, por ejemplo, en Hernán Cortés, que, tanto física como moralmente, era una especie de Alarico culto. ¿Y aquel «tipo de belleza raro en el país», como de Isabel la Católica dice un famoso historiador (Prescott)? Aquella reina no sólo era de sangre goda, sino de abuelo anglo-sajón. De modo que nada tiene de particular que físicamente fuese tan desemejante, como era, de sus súbditos. Y prescindiendo del tipo físico, ¿podrá nadie hallar nada de ibero en aquel «Gran Capitán» que, separando de su pecho con la

mano la pica con que le amenazaba uno de sus hombres amotinados, le decía tranquila y serenamente; «aparta, que puedes herirme sin querer?»

—Sí, amigo Offenbach, el ojo negro que con tanta razón usted admira en la mujer española no es de admirar en el hombre. César, nombre de familia del ilustre Cayo Julio, aunque puede haberse derivado de *cæsaries* (de cabello largo), es de creer que viene de *cæsius*, que quiere decir «de ojos azules»; en ninguna parte es fácil hallar Césares de ojos negros; pero, de todos modos, en España, cuando vea usted un hombre que los tiene, ponga usted ciento contra uno á que, si posee algún mérito, será el de charlar mucho y con facilidad... sin decir nada, ó, cuando menos, sin que nada de lo que diga conduzca á nada práctico. Pues este pueblo continúa siendo, ó ha vuelto á ser, uno de aquellos occidentales, de los que dijo el emperador Juliano que «no cultivan la filosofía ni la geometría, ni son aptos para esta clase de estudios, y en los que algunos ingenios privilegiados tienen el talento de la palabra y de la retórica, pero les son extrañas todas las otras ciencias.» Ya ve usted si á los señores del reino, en especialidad á gobernantes y políticos, les viene de atrás la verbosidad.

En fin, para que vea usted que, con mas razón que Hawthorne lo dijo de los ingleses, se puede decir de los iberos que han brillado en la Historia y llegado una vez á hacerse grandes merced á calidades que no son suyas, le diré que el fuerte de los godos en la guerra era la infantería pesada; y cabalmente ésta, la infantería pesada, fué la que durante cerca de siglo y medio, hasta Rocroy, estuvo haciendo invencibles las armas españolas. En cambio, no hay que quitar esta satisfacción á quien la merezca, la guerrilla es netamente ibera.

Sea como fuese, una vez que se admita, porque esto es evidente, que el ibero «acaba por gastar á los invasores y por vivir más que ellos», es facilísimo explicarse nuestra historia, y darse buena razón de esa particularidad que tanto suele llamar la atención de los extranjeros que nos estudian: la de que anda tan maltrecha y sea tan escasa de hombres de valer la misma monarquía que cuenta entre sus hijos al autor del primer ó uno de los primeros de la literatura universal (Cervantes), al más grande ó uno de los más grandes hombres de Estado (Cisneros), á una de las más insignes (la más insigne quizás)



# “EL MOTÍN ECLESIASTICO”

(RESERVADO AL CLERO)

## A UN FRAILE, Y A MUCHOS

Rdo. P. Fr. Antonio del Río,  
carmelita descalzo, de Córdoba

### La madre del fraile

El insolente P. Butrón (jesuita había de ser) se daba por mejorado de no haber nacido en Galicia; yo tengo á especial fortuna no haber caído en la desgracia de meterme fraile, que cual abismo me atrajo con persistencia. Y me alegro, por no haberme habituado á blasfemar y ultrajar el recuerdo de mi madre.

Porque, amigo mío, al quejarse de la conducta que con usted observa la suya, me da usted ocasión para señalar uno de los fenómenos más horribles que he visto en la vida beata, mística, ó llámela usted como quiera; á saber: el odio que esa mística y piedad produce entre hijos y padres, elevado á la quinta potencia en el caso del fraile como usted.

Busque usted la escuela religiosa ó filosófica que quiera, seguro de no hallar mayor profanación de la vida en su punto más sublime de la generación y en sus efectos más inefables: la maternidad y la filiación.

¿Qué es la maternidad y qué el hijo para la madre beata? ¿Qué son la filiación y la madre para el fraile?

He aquí dos puntos dignos de preocupar á una Academia de Ciencias Morales y Políticas más política y moral que la que tenemos en España, miope de los seis sentidos y que no ha puesto el veto al catecismo ni ha denunciado al Estado la inmoralidad del dogma católico en esta cuestión de tanta importancia social. Doloroso es que haya de suplir su falta yo, que ni cobro de ese señor Estado ni he asumido tales responsabilidades académicas. ¡Paciencia y barajar!

Pues, sí; la mujer beata, la casada se entiende, es decir, la bien casada (pues de las monjas esas de Lisboa y de las queridas de frailes no hay que hablar), la beata casada oye decir en mil tonos y lo cree á pies juntillas, que la maternidad es un efecto avergonzador y delator de la lujuria bestial. La beata se casa, porque padece el mal de la lujuria brutal de la carnaza (argot fraileño), y va al matrimonio únicamente á buscar la medicina de ese mal (lenguaje dogmático); se casa por no abrasarse en el furioso apetito de la carne.

Y á pesar del matrimonio, el acto conyugal es siempre una falta y un pecado proporcional al placer libidinoso, teoría singular que sólo se ocurrió á los frailes y al que sólo la manteca; acto vergonzoso, acto ruborizador, acto del cual lei en no sé qué barbián místico, que obliga á Dios á volver la cara para no verlo, á los ángeles á taparse los ojos y al mismo diablo le sonroja.

El hijo es el cuerpo delator de aquel delito, de aquel acto vergonzoso y repugnante á la divinidad; y, por tanto, la

mujer beata no puede amar y ha de odiar por lógica instintiva, aquel cuerpo del delito, obedeciendo á la ley de la conciencia de incuente.

Ella siente vergüenza de aquel acto al ponerse á la presencia de Dios y de los santos, y el odio al hijo ha de ser proporcionado al amor de Dios, multiplicado por el placer infame que experimentara al concebirlo.

Para poderlo amar necesita ella lavarse de la mancha de la maternidad yendo á purificarse en el templo, y lavar su hijo del pecado de ser engendrado en el agua bautismal, haciéndose hijo de Dios, limpio del pecado de ser hijo de los hombres.

Ahí está el odio formal de la madre al hijo en cuanto es hombre, y el amor condicional en cuanto es hijo del cura, ó del dios del cura, ó como usted guste decirlo.

Estas doctrinas, descripciones, blasfemias y maldiciones del acto generador, la Iglesia se las repite al congregante, y más al novicio, y más al fraile, hasta saturarle de aquella repugnancia y asco con que el gran Lope de Vega, fraile al fin, expresaba la extrema vileza del hombre, llamándole

«muy hijo de mujer, muy puesto en nada, muy lleno de miseria amontonada»,

y de aquel satánico escarnio con que Federico II de Prusia recordaba al Papa «haber pasado nueve meses entre la vejiga y el recto» de una inmundada mujer, saco de podredumbre y foco de putrefacción.

El fraile no puede ver á su madre sino como una bestia furiosa de lujuria revolcándose en el lodazal de la lascivia», según linda frase del capuchino Valencina; y no sólo se tapa los ojos de vergüenza, como su dios, como los ángeles y como los demonios que son sus domésticos, sino que se tapa las narices por percibir el hedor de la madre (epíteto que al padre da el padre-jesuita Nieremberg), y aun se tapa el estómago y se vapulea sus nalgas para excitar con el espectáculo de sus moftedadas posaderas el perdón y la risa de su dios, que encuentra cosa divertida aquel disciplinado.

¿Cuántos latigazos se habrá dado usted enseñando al cielo las mejillas traseras, en desagravio del pecado de usted y de sus padres!

Y usted salí muy bien que así se enseña á los hijos á execrar á la madre, como hembra inmundada y bestial, y si algo se le agradece es el haberles bautizado, y si por algo se da gracias á Dios, es por la dicha de haberles llevado al convento, librándoles del peligro, vergüenza ó infamia de ser padres, pecado máximo del fraile, que no se perdona en la orden ni fuera de ella, y para el cual el Papa, que todo lo puede, no

halla perdón en las entrañas de su misericordia papalinesca.

Es decir, que la beata es madre por vicio, por excitación diabólica de su carnaza, y contra su conciencia, virtud y voluntad; no es hijo querido de su alma libre, sino fruto del apetito rebelde á su voluntad, previamente odiado como es odiada la pasión degradante de que procede.

Y así mismo el fraile mira á ese apetito carnal, del cual es fruto, como pecado original, como fatalidad diabólica, causa de todo mal moral y físico, y lo odia y execra y se siente por él envilecido, degradado, manchado y asqueado.

Estas son la maternidad y filiación naturales: entre madre é hijo no hay más lazo que el pecado y la bestialidad; nada se deben; su vínculo es criminal y vergonzoso.

Pero producidas ambas relaciones por la fatalidad inexorable natural, con odio espiritual infinito, la beata fabrica el hijo artificial religioso; lo bautiza á su gusto, le hace creer lo que se le antoja, le obliga á hacer, decir y pensar lo que hilvana su capricho de cabeza de ciruelo (cosa del padre Valencina), y así ella engendra en el hijo el espíritu por dentro, le envuelve de escapularios y medallas por fuera y por fin le viste el hábito y el capuchón y hete ahí el hijo querido, el fruto del santo celo y no del celo carnal, el sér soñado y apetecido: el fraile.

He aquí el caso de usted y el de muchos.

Usted ha querido dejar de ser fraile, haciéndose hombre, creyendo hallar su madre humana.

¡Imposible! ese hombre, usted, no tiene madre en cuanto es hombre; es hijo del pecado bestial y del diablo... su madre fué simple instrumento ciego é irresistible; si ella hubiese sido libre y poderosa en la virtud, usted no existiría; porque su madre habría matado con disciplinazos, ayunos y maceraciones su carne provocativa; usted es hijo furtivo que el diablo obscuro infiltró en el seno de la mujer atada al apetito y prisionera de la pasión, contra el deseo y voluntad de la beata.

Y ahora que su madre debe ya ser anciana y ha muerto en ella el apetito carnal y el diablo deja libre su espíritu, no vive ya en ella la carne de que usted procede; vive solamente la beata, y la beata no tiene más hijo legítimo, voluntario y anhelado que el fraile hecho con libertad, por deliberación y con todo propósito.

Su madre le ha rechazado á usted... Si usted no tiene madre racional y santa, usted es hijo de beata: las beatas no conciben sino beatos de otros beatos... Al desaparecer el fraile en usted, ha desaparecido la filiación; inútil es que la llame y la invoque; la beata es una fiera que no conoce á los hijos que ha parido por naturaleza, sino á los muñecos que ha fabricado en su capricho.

¿Qué hará usted?, me pregunta.  
¡Qué sé yo!... Su madre es un esqueleto, en el cual la hembra y la madre están anestesiadas y amortiguadas por la piedad, y el cual mueve la beata y el



confesor que tiene el hilo de su conciencia y lo zarandea como títere.

Para reconquistar su madre, necesita usted: primero romper ese hilo, sostenedor de la *beata*, y luego matar la *beata*, que devora los instintos y razón maternal.

¿Es posible? Lo ignoro. Seguramente usted habrá llorado, suspirado y gemido a las plantas de su madre; si los sollozos del hijo no han herido su alma, y si las lágrimas no han ablandado su corazón... de piedra, podrá ser, *beata* será, pero no es ya mujer, ni hembra... Es un monstruo, al cual le hacen vivir sin entrañas.

\*\*\*

¿Qué hará usted?, vuelve a preguntar.

Lo comprendo: *fraile eres...* y no sé en qué te convertirás. *Fodere non valeo...* *mendicare erubesco...* No sabe trabajar ni sabe mendigar... Sin la protección de la Orden y sin la ayuda de la madre... ¿Qué va a hacer?... El eterno problema de esta nuestra salerosa nación católica...

¿Volverá a la Orden para reconquistar el cariño de la madre, diciéndole: «señora beata, he aquí tu muñeco»...? ¿O se lanzará a la brega de la vida, corriendo los azares de quienes tuvieron arranques para romper los lazos de la quintañona Iglesia?

Cosas son éstas para tratadas más despacio y que veremos en otras.

## Barcelonesas

### Impresiones

Lo primero es lo primero, y lo primero para EL MOTIN, es lo de siempre: lo clerical.

En Barcelona la cuestión clerical se produce en forma muy complicada. En el jerárquico económico existe la lucha sorda, pero entrañable e irreconciliable entre el *clero alto* bien panzudo y bien cebado, y el *clero bajo*, siervo, esclavo y hazme reír del otro. Esta inquina no se exterioriza grandemente: se sostiene en el espionaje maligno mutuo, en la censura inexorable, en la zancadilla clerical, en la insinuación malignante y demás prácticas de la caridad al uso.

Otra lucha hay entre el clero secular y el clero regular, cuyos rencores se manifiestan en la competencia de los respectivos establecimientos mercantiles, en la rivalidad con que unos procuran desacreditar los artículos *sacramentales* de los otros y en la alegría con que celebran sus mutuos descabros. Pero unos a otros se hacen el guiri-guiri, el fraile al párroco para apoderarse del púlpito parroquial y desde allí exaltar la frailería y desacreditar al clero secular; el párroco al fraile, a fin de ganar el apoyo de éste ante el obispo aje-suítado hasta las cachas, cliente del confesonario jesuíta (ya querría yo leer lo que del obispo dice en sus cartas al General el P. Confesor... aunque supongo que Laguarda, muy conocedor de las mañas jesuítas, sabrá lo que debe decir y lo que debe callar *ad maiorem dei gloriam*, ó sea del dios Gaster que tantos adoradores tiene en la Iglesia gastronoma católica!)

¿Por qué se da a los jesuítas Laguar-

da, en este tiempo de odio jesuíta, en que acaba de descubrirse su habilidad dinamitera?

Ellos son documentalmente acusados de envenenadores, poseedores de la receta de la preciosa *acqua toffana*, regicidas afladores del puñal de Ravallac, odiadores de los obispos según lo atestiguan Palafox antaño, y ogaño Cámara, Urquinaona y Soldevila; estafadores herederos de Lavallette; manipuladores *mamlares* y seductores de mujeres, según los fracasos ocurridos a San Ignacio en Alcalá, a San Francisco Xavier en Roma y a cuantos padres fueron acusados de demasiado padreros; calumniadores, pérfidos, traidores, embusteros, hipócritas... ¡y por fin, dinamiteros!!

¿Cómo un obispo, que sabe todo eso, puede entregar su conciencia al jesuitismo y convertirse en instrumento suyo?

Del jesuíta aquel que se iba ahorcar, dice el adagio: ¿jesuíta y se ahorca? su cuenta le tiene. Y esto puede decirse de Laguarda. En este tiempo de rabioso jesuitismo eclesiástico trata con los jesuítas? Su cuenta le tiene... Porque en el jesuitismo profesional,

ni están todos los que son,

ni son todos los que están,

y obisposillos y curruacas he visto yo que se la pegan lindamente a los mismos jesuítas.

Sea por lo que fuere, el obispo Laguarda hace gala de su jesuitismo, y es de calcular, jesuiticamente pensando, que habrá inaugurado con pontifical solemnidad las troneras, parapetos y almenas del colegio de la calle de Caspe y que habrá ungido con el santo óleo las bombas preparadas para echar sobre el ejército y sobre el pueblo, a fin de que los víctimas vayan crismados y ungidos cristianamente al cielo ó al infierno.

Sabido es que, en donde hay frailes, el obispo es un prisionero de guerra. Ellos se apoderan de la aristocracia piadosa y del clero ambicioso; fomentan la *conflicta* y ridículo contra el prelado; *espían* sus más íntimos actos; se hacen confesores de sus queridas si las tiene, de sus familiares y sobre todo de sus enemigos; llevan secretamente la difamación a Roma... y... ¡obispo, tente tieso! So pena de acudir a la *purria*, el obispo de Barcelona no puede dar paso sin tropezar con el fraile ó con el agente del fraile. La familia en que no vive el fraile metido en el cuerpo del jefe, sirve de emisario la mujer, la hija, la tía, la hermana, ó si no la querida (ramo especial en las congregaciones), ó si no la criada, y en último caso la portera y la vecina de enfrente. El fraile está en todas partes por esencia, presencia ó potencia, alrededor del obispo; y cuando Laguarda, que es de la raza de los Antolines, se abraza aparentemente a los jesuítas, presumo que debe ser con su cuenta y razón, con cierto pacto de simonía muy en boga en la Iglesia jerárquica, consistente en todas las formas simoniacas: *do ut des, facio ut facias*, caño para que calles, te doy la media pierna si me das la vaca entera, te dejaré trasquilarse a Juan con tal que me dejes trasquilarse a Pedro, no hablaré de la Concha si tú no hablas de la Pelos, diré esto si tú dices aquello, etc., etc.

Y así Laguarda, obispo romano al último figurín, sabiendo que los jesuítas están en pujanza en el Vaticano y en el

gobierno anticlerical por la gracia de Dios y de la Santa Sede, se arrima al jesuitismo como sol que más calienta, como árbol de mejor sombra y como el mejor pararrayos para atraer y desviar las descargas que acaso pudiera dirigirle el iracundo Júpiter vicario de Cristo, de Caifás y de Herodes.

Con tal obispo no hay que decir cómo andará el pobre *clero* secular y sobre todo el clero bajo.

Los lectores quizás vean con agrado una digresión acerca de los principales prohombres y profrailes de esta ciudad. Está *encigatana* a más no poder, es decir, saturada y repleta del espíritu *vigatá*, de aquel Vich cuyas excelencias canté épicamente en otro escrito.

En el salón de la casa ciudad hay dos retratos de clérigos: Balmes y Verdagner; aquél hijo del mismo Vich, y éste hijo de Folgarolas, pueblecillo a seis kilómetros de la Meca clerical. Rector del colegio-polvorín de la calle de Caspe, es el P. Ramón Lloverola; prior del convento de capuchinos, el P. Ruperto de Manresa; ambos exdiscípulos míos en aquel famoso colegio de la Panissa; superior de los claretistas, es nuestro colega Agustín Blanch; provisor del obispado, el Dr. Palmarola, nacido a seiscientos metros del sitio que tuvo el honor de verme nacer a mí; Raimundo Abadal, jefe de la *Lliga*, hijo auténtico de Vich; Verdagner y Callis, célebre primo de su *gran primo* poeta, el mayor poeta y el mayor primo que vieron los siglos, de Vich también; Gabarró, el proto-apóstol de la enseñanza laica, igualadino, ó sea de Vich; Lorenzo Portet, nacido en la calle de la Riera... y el diablo sabe cuántos más. A los de Vich los barceloneses los llaman *lanudos*, ó sea borregos; mote que parece desmentido por esa pléyade de gentes de pro, que traen la ciudad y el país hechos una grillera.

A ser cierto que Portet es el gran inspirador del anarquismo internacional, según cuentan las malas lenguas jesuítas, y si es cierto que Lloverola es el comandante del polvorín dinamitero de la calle de Caspe, según cuentan las malas lenguas anarquistas, no deja de ser chocante la reflexión de encontrar convertidos en terribles jefes de los opuestos terrorismos que matan la ciudad y que intrigan al mundo, aquellos dos alumnos que un día fueron simultáneamente mi amigo y mi condiscípulo. Choca ver rivalizar lo a Lloverola y Manresa desde sus baluartes; choca ver a Abadal, encarnación del maniquí del orden de cartón, inspirador de la *Defensa Social*, y a Gabarró precursor de Ferrer, fusilado por aquella *Defensa*...

Y en el centro de todos Palmarola, condenán tome antaño a mí, su conterráneo, por no sabe él qué, es decir, por aquel pacto y cánon de *modo conservandi prebendas et de ochavis atrapandis*.

Y yo, el *gran sofista* y el gran perillán, véome el más cesarrapato de todos, sabiendo un sin fin de asignaturas..., lo cual que prueba y demuestra que en la felicísima España actual la única asignatura estomacal es la *cucología*.

Consuélame el pensar que todavía no me han fusilado mis buenos discípulos y colegas de antaño.

S. PEY ORDEIX